
*4. Narrativa y rituales de identidad:
la región, la nación*

*Imaginando la nación a través del fútbol:
el discurso de la prensa costarricense sobre
“la hazaña mundialista de Italia ‘90”*¹

— Sergio Villena Fiengo*

“...ni un solo ciudadano digno y amante de su país debe dejar de dar apoyo a la Selección”
Frase atribuida a un anónimo obrero costarricense (LN 3/VI/1990; pp. 2C)

“...the national phenomenon cannot be adequately investigated without careful attention to the ‘invention of tradition’” Eric Hobsbawn, *The Nation as Invented Tradition*

Las efusivas —cuando no exaltadas— celebraciones nacionalistas que acompañan a los espectáculos futbolísticos en un espectro cada vez más amplio de la geografía mundial, parecen justificar la contundente y premonitoria frase de Albert Camus: “Patria es la selección nacional de fútbol”. En América Latina, la articulación entre nacionalismo y fútbol constituye, pese a su aparente inmediatez y obviedad, un complejo y aún insuficientemente conocido fenómeno cultural, al cual las ciencias sociales sólo en los últimos años han comenzado a prestar una adecuada atención.²

Este artículo pretende aportar a ese esfuerzo colectivo desde una perspectiva transdisciplinaria, buscando responder al interrogante de cómo los discursos que los medios de comunicación masiva emiten en ocasión de ciertos espectáculos deportivos contribuyen a la conformación de comunidades e identidades nacionales. En particular, me interesa estudiar cómo, bajo determinadas condiciones institucionales, ideológicas y tecnológicas, los encuentros de fútbol de selecciones pueden adquirir un carácter de acontecimientos sociales simbólicamente densos, de juegos profundos o de dramas sociales, en los que cada sociedad reflexiona y se imagina —y por tanto constituye— a sí misma.

* Licenciado en Economía, Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba-Bolivia). Maestro en Ciencias Sociales, FLACSO (México, D.F.). Candidato a Doctor en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (México, D.F.). Desde 1995 es Coordinador Académico Regional en la Secretaría General de la FLACSO, con sede en San José de Costa Rica.

Para abordar ese problema, me apoyo en la teoría comunicativa del nacionalismo de Benedict Anderson (1983), buscando enriquecerla con las categorías antropológicas de ritual y drama de Víctor Turner (1994, 1977), así como con la “interpretación densa” de Clifford Geertz (1990).³ Mi hipótesis es que el fútbol, debido a su particular forma de institucionalización y a sus propias características internas, es una práctica social total que ofrece ricas posibilidades de ritualización y, por lo tanto, para la conformación de imaginarios e identidades sociales. Ahora bien, para conocer cómo el fútbol contribuye a la imaginación de comunidades nacionales, es imprescindible analizar los discursos públicos emitidos a propósito de los encuentros entre selecciones por/a través de los medios de comunicación de circulación masiva. Desde una perspectiva pragmática, eso implica analizar esos discursos como macro-actos de habla orientados a constituir/reforzar una identidad nacional.

Para lograr ese objetivo, estudiaré el caso de Costa Rica, buscando comprender la importancia que para el nacionalismo costarricense tuvo la participación de la Selección Nacional de Fútbol en la fase final de la Copa del Mundo Italia '90. Me interesa conocer el papel que jugó el periodismo deportivo en la asignación a *la Sele* de la función simbólica de pivote para la emisión de interpelaciones nacionalistas orientadas a movilizar a la ciudadanía, así como a codificar la experiencia —emocional, moral e intelectual— y a moldear el comportamiento social de los *ticos* en términos de un marco de sentido ajustado al modelo oficial de identidad nacional vigente en Costa Rica.⁴ Realizaré esta aproximación recurriendo principalmente —aunque no exclusivamente— a fuentes periodísticas escritas.⁵

Los orígenes

“Nuestros *pueblos típicos* tenían una plaza de fútbol —enfrente de una iglesia que miraba hacia el poniente— alrededor de la cual se ubicaban sus centros vitales: algunas pulperías, una escuela, un local político (...) y algunas casas ligadas a los gamonales, los comerciantes, el maestro, el sacerdote y los vecinos un poco más adinerados” Jaime González Dobles, en “*La patria del tico*” (1995: pp. 78; cursivas y paréntesis míos)

“Fue en las fiestas campesinas donde se difundió y popularizó el fútbol”
Rodrigo Soto, en “*La tierra prometida*” (LN, RD 25/IV/1999)

El origen del fútbol en Costa Rica data del último cuarto del siglo XIX, cuando esa práctica fue introducida tanto por los ingleses que construyeron el tranvía en San José, como por algunos de los costarricenses que habían aprendido a jugarlo mientras realizaban estudios en Inglaterra. Este juego pronto encontró adeptos en la sociedad local y, a principios del siglo XX, cuando la sociedad desarrollaba una sensibilidad urbana gracias al auge de la explotación cafetalera, se crearon los pri-

meros clubes. Tras repetidos y fracasados intentos por organizar el fútbol costarricense, en 1921 se conformó la Liga Nacional de Foot-Ball, con la participación de siete clubes. Esta organización, que después se llamaría Federación Costarricense de Fútbol (FEDEFUTBOL), se afilió a la FIFA en 1927.⁶

Poco a poco el fútbol fue ganando centralidad y penetración social, así como reconocimiento cívico y político. Esta novedosa práctica cultural fue incluida al poco tiempo de su llegada a ese país entre las principales actividades de entretenimiento, registrándose ya entonces la presencia de altos funcionarios del Estado en los campos de fútbol. Se tienen noticias de que en 1903 había sido incorporada a los festejos cívicos de fin de año (cf. Enríquez, 1996), y de que el 11 de abril de 1911, la celebración del principal acontecimiento fundador de la nacionalidad, la batalla de Rivas, incluyó un *match* que estuvo dedicado a un distinguido espectador: el presidente de la república (cf. Urbina, 1996). Sin proponérselo, esa celebración marcó una pauta de la importancia que el fútbol tendría en los acontecimientos cívicos y la atención que los presidentes de la república le otorgarían a partir de entonces.⁷

La articulación institucional del fútbol con el nacionalismo se realiza también en 1921, cuando se conforma la primera selección nacional con el fin de representar a Costa Rica en el primer certamen deportivo internacional que tuvo lugar en América Central: los Juegos Centroamericanos del Centenario de la Independencia, realizados en Guatemala.⁸ El debut triunfal de esta selección, que obtuvo el título de campeón invicto, habría dado inicio a lo que es ya una larga historia de exaltaciones nacionalistas realizadas en ocasión de los espectáculos futbolísticos.⁹ La exaltación “patrioter”, en la que la prensa habría tenido —y tiene aún— un lugar central, contribuyó a reforzar el postulado de la superioridad costarricense sobre los otros países de Centroamérica (cf. Urbina, 1995), tan usual en el discurso nacionalista actual. Desde entonces, también se forja “patria a través del fútbol”, y la selección nacional se convierte en un nuevo símbolo nacional.¹⁰

De esta forma, el fútbol se incorporó a la cultura local en un período cuyo inicio coincide con el momento en que, según el historiador S. Palmer, “el Estado costarricense y sus intelectuales habían adquirido la capacidad de representar, en forma coherente y convincente, la ‘comunidad política imaginada’ que (...) es la nación” (1992: p. 170), y concluye en 1921, cuando su práctica se institucionaliza. En ese período, la *intelligentsia* nacionalista había logrado configurar lo que, a partir de entonces y hasta hoy, se consideran los rasgos esenciales de la identidad nacional, a saber: el establecimiento de la “Campana Nacional” de 1856 como acontecimiento fundador (*ibid*) y la constitución del “sencillo y humilde labriego” como héroe nacional.¹¹ Ambos elementos, plenamente consagrados gracias a su incorporación en la letra del actual Himno Nacional, compuesta en 1903 por José María Zeledón, son continuamente actualizados en rituales cívicos diversos, incluyendo los encuentros de fútbol de selecciones, desde luego.¹²

Por azares del destino, entonces, el fútbol entró a formar parte de la cultura nacional en un período en que el Estado había afirmado su voluntad de ser, elaboraba un imaginario nacionalista oficial, y encaraba la tarea de implantar el mismo en las masas. Por ello, con algo de osadía podría tal vez decirse que el fútbol se incorporó de manera temprana en el imaginario nacionalista oficial todavía en elaboración, antes que en el marco exclusivo de lo que Billig (1998) ha denominado el “nacionalismo banal”, es decir, la fase de la reproducción de una ideología nacionalista ya canonizada. En su fase de difusión ya institucionalizada, el discurso sobre el fútbol no sólo promovía las lealtades nacionalistas, sino que también cumplía la función de morigerar las costumbres y promover el abstencionismo político (Urbina, 1999) entre los sectores populares, que por entonces se hacían eco de las interpelaciones de corte anarquista y marxista, sobre todo en sus sectores urbanos artesanos y proletarios. Así, pareciera que desde entonces el fútbol se convierte en un refugio para el discurso nacionalista de la “domesticidad” (González, 1995), es decir, de la glorificación de las virtudes privadas antes que de la actividad política como base de la democracia campesina.¹³

Desde luego, esa incorporación temprana fue favorecida porque en Costa Rica el fútbol penetró, con mayor rapidez que en países como Brasil, en todos los estratos sociales, manteniéndose desde entonces como deporte y entretenimiento tanto de la élite como de los sectores subalternos, sirviendo de *interface* comunicativa entre los distintos sectores sociales, diferenciados por clase, región, categorías étnico-raciales, e incluso de género.

Pero el fútbol es considerado actualmente no sólo un deporte multclasista, sino también, como señala el epígrafe de esta sección, una parte importante de la tipicidad idílica del mundo rural, imaginada en el primer cuarto de este siglo: la articulación del fútbol con el nacionalismo en gestación ha sido tan profunda que ese deporte es considerado parte importante de la tradición campesina nacional. Este rasgo de ruralidad del fútbol no parece encontrarse en otros países latinoamericanos, como Argentina, donde se lo considera una práctica predominantemente urbana que habría contribuido primero a construir nuevos vínculos sociales para los inmigrantes europeos en el espacio del barrio, y después, sobre todo durante el populismo peronista, como un puente hacia la nacionalidad para los llamados “cabecitas negras”.

Por otro lado, siguiendo con el epígrafe, que la plaza de los pueblos haya sido un campo de fútbol muestra cómo, a diferencia de otros países donde durante mucho tiempo la práctica de ese deporte se realizaba en espacios periféricos, en Costa Rica pronto ocupó el centro social y cívico de los pueblos, rodeado por las sedes del poder religioso, político, económico e intelectual, adquiriendo así un carácter de acontecimiento público extraordinario. Esa centralidad en la topografía política quedó tan arraigada que hasta hoy los ticos denominan “plaza” a los campos de fútbol, al tiempo que suelen lamentar su relativamente reciente susti-

tución del cuadrante central de los pueblos por los “parques”. Tal vez esa centralidad contribuya también a explicar el significativo hecho de que el traspaso presidencial que se realiza cada cuatro años tenga lugar, precisamente, en el “Estadio Nacional” (el lugar del pueblo) y no en el edificio del Congreso Nacional (el lugar de los notables), como es usual en otros países.

La apoteosis: Italia, 1990

(los ticos) “...hemos esperado más de 30 años para esto y nos han dado (los jugadores) *lo más maravilloso que ha ocurrido en la historia costarricense (...) lo más grande que nos ha dado Dios.*” Presidente Rafael Angel Calderón (LN 21/VI/90: pp. 10D, paréntesis en el original; énfasis míos)

El papel desempeñado por la Sele en Italia ‘90 constituye el mayor logro en la historia del fútbol costarricense, puesto que clasificó para los octavos de final y ocupó el puesto número 13 en el *ranking* mundial, el más alto de su historia futbolística.¹⁴ Como se desprende del tono profundamente nostálgico con el que continuamente la prensa rememora esa actuación, y de las celebraciones que la misma motivó, ese evento se convirtió en el acontecimiento de mayor exaltación nacionalista-patriótica en la historia contemporánea de Costa Rica.

Designada hiperbólicamente por los periodistas como “Gesta heroica”, “Hazaña” y “Proeza”, la única participación de la Sele motivó una vivencia profunda y festiva de la *communitas* nacional, adquiriendo el carácter de momento fundacional o constitutivo de la nacionalidad para los y las costarricenses contemporáneos.

El grado de profundidad emotiva y compromiso ético de efecto nacionalizador que tuvo ese acontecimiento está plasmado en el epígrafe inicial de este ensayo, que constituye una verdadera interpelación ciudadana: para los aficionados, apoyar a la selección es un verdadero deber cívico, del que no puede sustraerse ningún “ciudadano digno y amante de su país”, independientemente de que le guste o no el fútbol. Por contraparte, como señala una canción compuesta en ocasión del mundial de 1990 que los medios de comunicación audiovisuales utilizan desde entonces para convocar a los ticos cuando la Sele actúa, los jugadores fueron compelidos a cumplir la misión patriótica de defender el honor de los ticos (“Agárrense de las manos”; La Nota, 1990).

Los partidos que la selección de Costa Rica disputó, presenciados en tiempo real en todo el país gracias a la transmisión “en vivo” de la televisión y al asueto declarado por el presidente Calderón (LN 8/VI/90: pp. 12C)¹⁵, dieron lugar a celebraciones que alcanzaron dimensiones apoteósicas, las cuales, según la prensa y la población en general, nunca antes –ni después– habían sido vistas. Una multitud inédita, entre la que se encontraba, “como un ciudadano aficionado más”, el presidente de la república, tomó las calles para festejar los logros de la Sele en

un ambiente de profunda emotividad comunitaria jamás antes experimentado. La euforia fue tal que, según una nota del periódico *La Nación*, la ciudad capital se convirtió en un verdadero “Manicomio gigante”:

Glorioso día, jamás visto antes. Un verdadero carnaval. La gente efusiva. La capital envuelta en *un solo sentimiento de emotividad*.

¡Qué emoción, qué felicidad! *Estamos* entre los 16 mejores del mundo.

Lágrimas, besos, abrazos, con o sin banderas, en carros, a pie, gritando vivas. Así celebró ayer *este pequeño país*, de casi 3 millones de habitantes, la clasificación a la segunda ronda.

La gente volcada en las calles, algunos bailando, otros enarbolando *la bandera tricolor*, todos llenos de emoción.

Jamás faltó la mirada hacia el cielo para dar gracias a *Dios y a la Virgen de los Angeles* por el triunfo. (21/VI/90: pp. 18D; cursivas mías)¹⁶

Pero esta experiencia masiva profunda y espontánea de la nación no estuvo al margen de la participación del Estado, puesto que los festejos realizados para recibir a la selección fueron organizados por una “Comisión de Recibimiento” en la que participaron la presidencia de la república, la FEDEFUTBOLy otros patrocinadores. El “triumfal recibimiento” (LN 26/VI/1990: pp. 2D) de la selección nacional fue un elaborado acto cívico. Este empezó con la convocatoria general: “¡¡TODOS AL ESTADIO!!”, emitida por la presidencia de la república y otras instituciones (LR, 28/VI/1990: pp. 3-A) y el envío de una aeronave de la compañía de “Bandera Nacional” para que trasladara a la Sele desde Miami, realizando un sobrevuelo por todo el país antes de aterrizar en el aeropuerto “Juan Santamaría”.¹⁷

Posteriormente, los “héroes nacionales” fueron recibidos en el salón diplomático del aeropuerto por el presidente, la primera dama, miembros del gabinete ministerial y autoridades deportivas y eclesiásticas. Luego, se desplazaron en carrozas “adornadas y escoltadas” en un recorrido por tres de las siete provincias que conforman el país, hasta llegar al Estadio Nacional. A través de todo el trayecto, los seleccionados fueron vitoreados por “los costarricenses”, que portaron 60.000 banderas nacionales donadas por una empresa privada.¹⁸ Una vez que la delegación, “impecablemente vestida”, arribó al “Máximo Coliseo”, se realizó un solemne acto de un notable contenido cívico-nacionalista.¹⁹ Según la crónica:

...cientos de banderas tricolor se agitaron como accionadas por *un impulso eléctrico*, acompañadas de un coro: ‘Costa Rica, Costa Rica, Costa Rica, Costa Rica...’

Todos (los seleccionados) con los brazos en alto recibieron los aplausos del público y dieron las gracias por ese sentido homenaje que les tributaba el *pueblo costarricense*. ‘Gracias, muchachos’, ‘Perdón, Gabelo’, ‘Lo dieron todo’, ‘Bienvenidos, héroes’, fueron parte de los cartelones que se leían en las graderías.

El público en ningún momento dejó de aplaudir o corear el nombre de los jugadores de Bora (Milutinovic, director técnico de la Sele), así como de repetir calurosamente el ‘Viva Costa Rica’”.

Ayer no hubo fútbol en el Estadio Nacional. Pero sí alegría, alegría de *un pueblo agradecido para con sus héroes: la Selección Nacional*” (LN, 29/VI/1990: pp. 8C; cursivas y paréntesis añadidos)

Concluidos los actos principales, los seleccionados se trasladaron a sus comunidades de residencia, donde también fueron homenajeados por las autoridades locales y los vecinos. Entre los sucesivos actos de celebración, merece destacarse la visita por parte de los seleccionados al santuario de la Virgen de los Ángeles, como acción de gracias.²⁰

Así, tanto las manifestaciones espontáneas como las organizadas tuvieron un evidente carácter de celebración nacionalista, de reafirmación pública de las pertenencias y las lealtades a la nación. El símbolo que movilizó a la comunidad imaginada fue la Sele, interviniendo en papel subordinado también otros símbolos, de carácter estatal, como el himno, la bandera y el presidente; religiosos, como la Virgen de los Ángeles; o folclóricos, como los trajes típicos. Durante toda la celebración, el nombre emblemático que resume a todos estos símbolos se pronunció como una letanía: “Costa Rica, Costa Rica...”.²¹

De esa forma, la participación de la Sele en el mundial del noventa derivó en una verdadera fiesta cívica: generó una movilización general que hizo posible una masiva ceremonia patriótica, provocando una profunda inmersión en la *communitas* nacional: los sentimientos de totalidad, unidad, solidaridad e igualdad fueron intensamente experimentados por quienes se identifican como costarricenses. La participación del “equipo de todos”, más exitosa de lo previsto, motiva aún un profundo orgullo patriótico y una emoción singular: transcurridos nueve años desde entonces, con pocas excepciones, las personas entrevistadas —sin importar edad, condición social, profesión, género o procedencia geográfica— señalan espontáneamente como el momento en el que más orgullo sintieron de ser ticos, e incluso el momento más feliz de su vida, a la “hazaña mundialista” de Italia ‘90. Como un mito de origen, ese momento es continuamente rememorado y actualizado por los medios masivos de comunicación con un tono de dramatismo notable, con el fin de transmitirlo a las nuevas generaciones.²²

La participación de la Sele en el mundial de Italia ‘90 constituye, para la sociedad costarricense, un verdadero momento liminal, una línea divisoria entre el “ahora” y el “después”, un verdadero “cambio en la historia” (LN TS, 8, 6/V/1997: pp. 2), que marca la “mayoría de edad” del fútbol costarricense, su entrada en la historia universal. Como ocurre en los rituales de inversión, “*Nuestros embajadores en Italia ‘90*. Se fueron como ‘cenicientas’ y regresan consagrados” (LN, 28/VI/1990: pp. portada)²³; David, “este pequeño y pobre país de sólo

51 mil km² y de tres millones de habitantes”, venció a Goliath, encarnado en las potencias futbolísticas de Escocia, Suecia... y Brasil.²⁴ En fin, esa “hazaña” se ha constituido en el parámetro para evaluar el pasado y avizorar el futuro, generando un sentimiento de continuidad histórica de la comunidad. El propio presidente de la república de entonces, declaró “Sudoroso, afónico y *como un aficionado más*” que ese logro fue “*lo más maravilloso que ha ocurrido en la historia costarricense (...) lo más grande que nos ha dado Dios.*” (LN 21/VI/90: pp. 10D, paréntesis en el original; énfasis míos)

Así, el fútbol se constituye en una parte importante de la tradición y de la historia nacional, generando una experiencia profunda de la *communitas* que fortalece los sentimientos de pertenencia y trascendencia en la comunidad entre los miembros de la nación, a los cuales la prensa interpela como ciudadanos-aficionados, así como de continuidad histórica de la nación. La nación no es sólo una experiencia efímera, sino que se convierte en una comunidad de origen y en una comunidad de destino. En todo este proceso, la prensa cumple un importante papel en la elaboración, difusión, y conmemoración pública y en clave nacionalista de este evento.²⁵

El centro ejemplar

La identificación de los individuos con la sociedad requiere la transmisión de mapas cognitivos, los cuales hacen posible –aunque sólo sea de forma precaria— la definición de la singularidad del grupo respecto a sus similares y la conformación de la solidaridad comunitaria. La urdimbre de las identidades nacionales puede considerarse, en esta perspectiva, un proceso de elaboración, difusión y adquisición de estereotipos sociales, de tipos ideales, que cristalizan o condensan, en estado puro, todo aquello que se considera distintivo de ese “nosotros esencial” que es la nación.

Esos modelos deben ser capaces de representar, y a la vez de motivar, la adherencia comunitaria de los individuos que cumplen los requisitos de membresía, según un patrón de conducta específico: son modelos ejemplares, un deber ser que, una vez interiorizado, se convierte en *habitus*, en guía inconsciente del actuar. Estos modelos tienen, además de su dimensión cognitiva, moral y praxeológica, una función emotiva, que consiste en brindar una identidad gratificante: la alquimia nacionalista convierte cualquier rasgo propio en virtud, el plomo en oro; el nacionalismo –como señala Billig (1998)— es un espejo de Narciso.

Con fines didácticos que otorguen continuidad a la nación y trascendencia a sus miembros, esos modelos son permanentemente actualizados y transmitidos a las nuevas generaciones. Esos modelos reencarnan continuamente en héroes, próceres, prohombres y otros personajes, los cuales constituyen el “centro ejemplar”

de la nación.²⁶ Sus hazañas son narradas una y otra vez en rituales conmemorativos que movilizan las energías psíquicas de los individuos con el fin de inspirarles, esto es, de generar en ellos una profunda identificación con el patrón de comportamiento ideal considerado propio del grupo.

Mi hipótesis es que en Costa Rica los periodistas deportivos actúan como verdaderos mitógrafos y divulgadores de la nacionalidad, articulando sentimentalmente el nacionalismo a los espectáculos futbolísticos, convirtiendo a los futbolistas en los “nuevos héroes nacionales”. Los discursos de la prensa en torno al fútbol incorporan, como parte del melodrama ontológico de corte nacionalista, la elaboración, la transmisión y el aprendizaje de concepciones pre-teóricas sobre el ser o la identidad nacional, así como el aprendizaje de aquellos valores morales y cívicos considerados fundamentales desde un punto de vista que fomenta el patriotismo, es decir, que promueve la adquisición de lealtades nacionales y la memoria comunitaria.

La Sele, en el discurso periodístico, es una suerte de “cristal de masa” (Cannetti, *op. cit.*) que sintetiza en estado puro el “espíritu de la nación”, y que por tanto asume la tarea de representar a ésta frente a los otros, así como de servir de “centro ejemplar” para los miembros de la comunidad. Gracias a esta doble vía de representación y ejemplaridad, la “masa” interpelada desborda ampliamente a los participantes directos, produciendo una identificación profunda entre los seleccionados y “el jugador nº 12”, equivalente deportivo del “soldado desconocido”: el *slogan* de *La Nación* “la Sele somos todos” condensa muy bien este proceso. La Sele es la representación sinecdótica de la nación, la portadora de los rasgos esenciales que caracterizan a los ticos en el discurso nacionalista: la humildad y sencillez campesina, así como la hidalguía y el coraje con que defienden el honor de su patria.²⁷ Veamos.

“Lo daremos todo”: la economía moral del sacrificio

“(U)stedes nos han demostrado que cuando hay dedicación, disciplina, corazón y espíritu de lucha, los costarricenses podemos llegar muy alto y enfrentar cualquier cosa. Gracias por infundir esa fe y respeto en la juventud costarricense.” Presidente Rafael Ángel Calderón (PL-AS Deportivo, 23/VI/1990)

El fútbol de selecciones parece haberse apropiado de lo que Anderson denomina la magia del nacionalismo, magia que convierte el azar en destino y hace posible la trascendencia comunitaria del individuo. Si bien todos los “ciudadanos dignos y amantes de su patria” son compelidos a poner bien en alto el nombre de Costa Rica, sea en el papel de ciudadanos comunes o de representantes nacionales, los jugadores seleccionados son los elegidos para conducir a su pueblo hacia la gloria y para redimirlo de sus fracasos. Este discurso mesiánico asigna a los jugadores la gran responsabilidad de representar a la comunidad y de dar todo por

ella, de señalar el rumbo a la nación. Su triunfo es de todos. Su fracaso también, aunque siempre se busquen chivos expiatorios.²⁸

La asignación de la trascendental misión de representar a la nación en las lides internacionales que los discursos periodísticos de corte nacionalista hacen a los jugadores, ha sido plenamente interiorizada por ellos, como se puede entrever en las siguientes declaraciones publicadas por la prensa con ocasión de la participación de la Sele en Italia '90: "moriremos en la cancha por ustedes", "daré todo lo que esté a mi alcance", "si es necesario dejaré el pellejo en la cancha" (LN 11/VI/1990: pp. 3C).²⁹ Pero este discurso del sacrificio por la patria y la ejemplaridad no interpela sólo a los jugadores hombres, sino que también alcanza a las mujeres que los rodean, a las cuales se asigna la función de apoyar a sus hijos, esposos y padres de manera incondicional, como lo remarcó en repetidas ocasiones Gloria Bejarano, por entonces primera dama de la república (p.e., LN, 27/VI/1990: pp. D).³⁰ De esa forma no sólo se promueve una movilización general de la ciudadanía, sino que también se refuerza el modelo patriarcal de la familia.

En el discurso épico sobre el fútbol, "mojar la camiseta" equivale a "derramar sangre": la "sangre-sudor" es el fluido sagrado que se derrama en el cáliz de la comunión nacionalista. Metafóricamente, quienes lo dan todo en el "campo de batalla", "mueren por la patria". Independientemente del triunfo o la derrota, son los héroes de la patria: a ellos les está reservado el corazón del pueblo, la memoria, el agradecimiento eterno, el museo, las canciones, los poemas, los desvelos, los reportajes, etc. Si los jugadores lo dan todo, incluso las derrotas deportivas se convierten en triunfos morales/cívicos.

"Lo daremos todo", lema y promesa de la selección nacional en su campaña mundialista de 1990, resume con economía esta moral del sacrificio por la patria. El cumplimiento de esa promesa los convirtió en héroes nacionales: "héroes nacionales", "valientes", "sacrificados", "hidalgos", "ídolos", "modelos", "ejemplos", "orgullo", "se partieron el corazón", "se partieron el alma", "disciplina", "coraje", "arrojo", "dignidad", "entrega", "amplia disposición", son algunas de las expresiones con las que la prensa calificó la actuación de "los valientes guerreros" en la "hermosa guerra" de Italia '90 (LN, 50 años; 100 años, 10).

Podría decirse que, así como hacia el último cuarto del siglo pasado la "campaña nacional" de 1856 fue convertida por los intelectuales orgánicos del liberalismo en una guerra de la independencia sustituta (cf. Palmer, *op. cit.*), la épica nacionalista elaborada por el periodismo deportivo contemporáneo en torno a las "campañas" de la selección nacional constituye a éstas en un sustituto o prolongación de la casi inexistente historia militar en uno de los pocos países que ha abolido el ejército (en 1948). Es sugerente el hecho de que el técnico de la selección, Bora Milutinovic, buscara motivar a los jugadores recordándoles precisamente las glorias de 1856. En esta larga historia, Italia '90 sería el cronotopo de la máxima victoria de ese ejército sustituto que es la Sele.³¹

El refuerzo de la economía moral del sacrificio patrio a través del fútbol adquiere un valor importante especialmente porque se considera que la sociedad costarricense está atravesando por una etapa de dramática pérdida de valores y sentimiento patriótico. Según este discurso, que puede escucharse cotidianamente en Costa Rica de manera continua en los medios de comunicación –una suerte de crisis perpetua,– los costarricenses serían cada vez menos sacrificados por la patria y solidarios entre sí. En la siguiente sección analizaremos cómo el periodismo deportivo incorpora la narrativa futbolística en la búsqueda de respuestas a esta crisis ontológica mediante una postura nostálgica de regreso a la “edad de oro” del idilio campesino.

Las virtudes campesinas: el jugador como humilde y sencillo labriego

Un rasgo destacado del nacionalismo oficial costarricense aún vigente es que, pese a haber sido promovido por la oligarquía cafetalera de fines del siglo pasado, el modelo de identidad nacional elaborado tiene un profundo anclaje en la cultura campesina, asumiendo así el carácter de un nacionalismo cultural con rasgos populistas. Este orden del discurso nacionalista de corte bucólico deposita el rol de la ejemplaridad social no entre las elites, sino en un modelo idealizado del pueblo: su héroe mítico es el “sencillo y humilde labriego”. La clase dominante no ha generado una ideología de contenido oligárquico, una *high culture* que la convierta, además de elite económica y política, en elite cultural. Por el contrario, renunciando a constituir a los sectores subalternos a su imagen y semejanza, las elites han elaborado un nacionalismo que les permite mimetizarse con la imagen mítica del pueblo.³²

Sin embargo, las elites han asumido el papel de “guardián de la tradición” y de “educador del pueblo”, enseñando a éste cómo debe ser y hacer, y condenando su actuación cuando se desvía del modelo ideal. El personaje que viene a condensar este discurso del deterioro moral y cívico del pueblo es el “pachuco”, término con el que se designa a quien ha abandonado las míticas virtudes campesinas de la sencillez y humildad para abrazar las del cinismo y la corrupción moral, convirtiéndose así en el antihéroe nacional. El “pachuco” es el pueblo en su rol de villano.³³ Esto nos lleva a interrogarnos quiénes cumplen, en la narrativa nacionalista, la función de modelos ejemplares. El neocostumbrismo periodístico actual, bajo la consigna de “rescatar la tradición” y “recuperar nuestros valores”, se ha dedicado a la búsqueda del último labriego sencillo y humilde en los rincones recónditos de la patria y/o en los campos de fútbol. Si el tema privilegiado de la “literatura nacional” de principio de siglo fue el idilio campesino, el tema preferido de los periodistas deportivos, nuevos forjadores del imaginario nacionalista, es el “sencillo y humilde futbolista” de origen campesino.³⁴ Si hace cien años los escritores glorificaban al humilde labriego que daba todo por la patria sin pe-

dir nada a cambio, trocando la herramienta en arma, hoy las páginas de los periódicos destacan hasta la saciedad el sacrificio y la entrega de los nuevos paladines de la nación: los futbolistas.

En el discurso de la prensa, estos héroes encarnan no sólo su vocación de sacrificio patrio sino también las “verdaderas” virtudes campesinas, la fe en Dios y la fortaleza de la familia patriarcal.³⁵ Quienes representan adecuadamente esta epopeya para educar a las masas urbanas y para proyectar una imagen positiva del país en el exterior en el marco del nacionalismo oficial, reciben no sólo la recompensa del éxito profesional, personificando el mito de la movilidad social ascendente como premio al apego a las raíces campesinas, sino que, por sobre todo, se hacen merecedores de la admiración y la gratitud de “todo un pueblo”. Por supuesto, en este drama social, aquel jugador que no siga el guión y se salga del redil, se convierte en villano y merecedor de la censura absoluta por parte de la prensa, y en general de “los costarricenses”, siendo condenado al olvido, cuando no al papel de ángel caído y ejemplo negativo para “la juventud”.

En este discurso puritano y patriótico se aprecia más el espíritu de sacrificio y la entereza moral que las aptitudes técnicas y estéticas de los jugadores, las cuales son desde luego necesarias para formar parte de los elegidos. Así, los ídolos deportivos personifican a los héroes preexistentes de la mitología nacionalista, que vagan por los discursos periodísticos en busca de actores que representen su epopeya para las masas urbanas, ansiosas de movilidad social, y a la vez nostálgicas por un pasado supuestamente idílico: gracias a la prensa nacional, el “humilde y sencillo labriego” renace en los estadios. Estos personajes liminales, que tienden un puente entre el pasado mítico y el presente incierto, entre la tradición y la modernidad, no son rebeldes poco respetuosos del orden establecido, como Maradona o Chilavert, que hilvanan genialidades con los pies y las manos y hacen declaraciones irreverentes que resquebrajan la mitología nacionalista oficial. Para el periodismo tico, la cancha no es un lugar para jugar, sino un campo ritual de batalla donde sus héroes deben hacer manifiestas sus virtudes morales y su vocación patriótica antes que sus dotes artísticas. Estos futbolistas son héroes banales, no poetas malditos.³⁶

Conclusiones

En este ensayo he explorado algunas hipótesis sobre la articulación entre fútbol y nacionalismo en Costa Rica. Apoyado teóricamente en la antropología procesual de V. Turner, en la interpretación densa de Geertz y en la teoría comunicativa del nacionalismo de B. Anderson, analicé el discurso nacionalista que la prensa local ha emitido respecto a la participación de la Selección Nacional de fútbol en la fase final de la Copa Mundial realizada en Italia en 1990. He mostrado cómo este discurso ha convertido este acontecimiento en un verdadero mo-

mento fundacional de la nación, en un quiebre simbólico en la historia de Costa Rica, que enmarca la profunda experiencia de la *communitas* entre los “ticos” contemporáneos en términos nacionalistas.

La “inolvidable hazaña” ha sido incorporada a las narrativas nacionalistas con una gran riqueza simbólica que exalta y rememora permanentemente la totalidad, la unidad y la igualdad de todos los costarricenses en torno a la Selección Nacional. Mostré también cómo el discurso periodístico acerca de esta fiesta cívica se orientó a moldear la vivencia comunitaria y la conducta social en términos de un modelo canónico de identidad nacional, asignando a la Sele la función simbólica de centro ejemplar. Los jugadores, como nuevos héroes de la nación, encarnan a los labriegos sencillos y humildes que, haciendo suyo un código de honor caballeresco aplicado a las masas, defienden a su patria como valientes guerreros, apoyados por sus abnegadas familias y bendecidos por Dios. El éxito en su misión les ha permitido trascender en la comunidad e ingresar en la mitología nacionalista.

La prensa dramatiza, elabora y amplifica el discurso nacionalista orientado a provocar la adhesión simbólica y emotiva, de corte apolítico antes que pragmático o utilitario, de los costarricenses, fortaleciendo los vínculos comunitarios y las lealtades hacia la nación, a la vez que reproduciendo un modelo específico de identidad nacional, el cual destaca como fundamento de la nación a la tradición cultural compartida (y a menudo inventada) más que a la voluntad asociativa. Este discurso inculca en la población un sentimiento de continuidad y diferencia comunitaria, ya que inserta al fútbol en una narrativa histórica que se inicia hacia fines del siglo pasado y se prolonga hasta hoy, incorporándolo como un elemento fundamental de las tradiciones nacionales de origen y, por tanto, de la identidad nacional: Costa Rica es un “pueblo que ama al fútbol”.

Lo señalado hasta aquí tiene, empero, un carácter relativo, puesto que el fútbol también está sujeto a la multivocalidad de los símbolos, lo cual hace necesario estudiarlo desde una perspectiva procesual de más largo plazo. En ocasiones como Italia '90 puede generar una movilización general y una vivencia comunitaria profundamente emotiva y gratificante tanto para los apocalípticos como para los integrados. Sin embargo, en otras puede provocar más bien sentimientos de frustración, vergüenza y desencanto, produciendo resquebrajamientos y reelaboraciones en el discurso nacionalista. En este ensayo he sugerido una posible fisura que surge de comparar el acontecimiento de Italia '90 con el gran fracaso de la Sele en su camino a Francia '98, cuando la exaltación nacionalista cedió lugar a una crisis ontológica que derivó, a la vez, tanto en una profunda reflexión de la sociedad sobre la identidad nacional, como en una profunda nostalgia por la “edad de oro”. Pero ése es otro partido.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo y Graciela Rodríguez 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (Buenos Aires: Atuel).
- Alabarces, Pablo y Graciela Rodríguez 1998 “Fútbol y patria: La crisis de la representación de lo nacional en el fútbol argentino” en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital* (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista>), n° 10, mayo de 1998
- Alfaro, Antonio 1998 *Piso 'e tierra. Mauricio Montero. Relato autobiográfico de un ídolo*, (San José: s.e., s.f)
- Anderson, Benedict 1993 (1983) *Imagined communities* (Londres: Verso).
- Antezana, Luis H. 1998 *Un pajarillo llamado Mané. Notas al pie de su fútbol* (La Paz: Plural).
- Archetti, Eduardo 1998 “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en *Nueva Sociedad* (Caracas), n° 154, marzo-abril.
- Billig, Michael 1998 “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”, en *Revista Mexicana de Sociología* (México D.F.), n° 1/98
- Calvo, Rodrigo y Mayela Solano 1994 *Aventura tricolor. Tomo III. Costa Rica en Italia '90* (San José: Ed. Trejos Sucesores).
- Canetti, Elías 1995 *Masa y poder* (Madrid: Alianza).
- Carballo, Reinaldo 1990 *El lenguaje no verbal del fútbol* (San José: U.C.R., Tesis de Licenciatura en Comunicación).
- Cubillo, Mayela 1986 *El fútbol, una perspectiva sociológica* (San José: Alma Mater).
- DaMatta; Roberto et al. 1982 *Universo do futebol. Esporte e Sociedade Brasileira* (Rio de Janeiro: Edições Pinakothèque).
- Elias, Norbert y Eric Dunning 1996 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica)
- Enríquez, José “Las fiestas cívicas en San José (1825-1930)”, en *Temas de Nuestra América* (Heredia), n° 25.
- Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (Buenos Aires: Gedisa).
- Geertz, Clifford 1992 *Observando al Islam* (Buenos Aires: Paidós).
- González, Alfonso 1995 *Costa Rica, el discurso de la patria* (San José: Editorial UCR).
- González, Jaime 1995 *La patria del tico. Interpretación del ser costarricense* (San José: Logos).

- Hobsbawm, Eric 1983 "Introduction: Inventing Traditions", en E. Hobsbawm y T. Ranger (Ed.), *The Invention of Tradition* (Cambridge: CUP).
- Láscaris, Constantino 1994 *El costarricense* (San José: Educa).
- Ovares, F.; M. Rojas; C. Santander y M. E. Carvallo 1993 *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: Editorial UCR).
- Palmer, Steven 1992 "Sociedad Anónima, Cultura oficial. Inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)", en I. Molina y S. Palmer (editores), *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: Porvenir-Plumsrock Mesoamerican Studies).
- Palmer, Steven 1993 "Getting to Know the Unknow Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, (1880-1900)", en *Journal of Latin American Studies* (Londres), vol. 25 part 1, febrero de 1993.
- Quesada, Alvaro 1998 *Uno y los otros*. (San José: Editorial UCR).
- Rojas, Margarita y Flora Ovares 1995 *100 años de literatura costarricense* (San José: EUNA).
- Seguro, Santiago (editor) 1999 *Fútbol y pasiones políticas* (Barcelona: Debate).
- Smith, Anthony 1997 *La identidad nacional* (Madrid: Trama Editorial).
- Smith, Anthony 1996 "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales", en *Revista Mexicana de Sociología* (México, D.F.) n° 1/98, México, D.F.
- Smith, Anthony y John Hutchinson (editores) 1994 *Nationalism* (Oxford/New York: Oxford University Press).
- Turner, Víctor 1994 (1974) *Dramas, Fields, and Metaphors. Symbolic Action in Human Society* (Ithaca: Cornell University Press).
- Turner, Víctor 1977 "Process, System, and Symbol: A New Anthropological Synthesis", en *Daedalus*, vol 106, n° 3..
- Urbina, Chester 1996 *El fútbol en San José. Un estudio histórico social acerca de su origen (1989-1921)* (San José: U.C.R., Tesis de Licenciatura en Historia.)
- Urbina, Chester 1999 "Fútbol, política e identidades en Costa Rica (1922-1950)", ponencia inédita al IV Simposio Panamericano de Historia, San José de Costa Rica.
- Van Dijk, Teun 1990 (1980) *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información* (Barcelona: Paidós).
- Villena, Sergio 1996 "Fútbol, mass media y nación en Costa Rica", en

AA.VV., *Fútbol e identidad nacional* (San José: FLACSO Sede Costa Rica, Serie Cuadernos de Ciencias Sociales n° 91). Publicado también en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), n° 10, mayo de 1998.

Villena, Sergio 1998 “El fútbol como ritual nacionalista”, en *Ecuador Debate* (Quito), abril de 1998, n° 43 (Número especial dedicado a “Fútbol, identidad y política”).

Villena, Sergio 1999 “Con manos de tierra y corazón de león. Fútbol e imaginario nacionalista en la prensa costarricense”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), n° 14, mayo de 1999.

Villena, Sergio 2000 “El tercer milenio: ¿era del fútbol transnacional?”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), marzo del 2000.

Villoro, Juan *Los once de la tribu* (México: Aguilar).

Vinnai, Gerhard 1991 *El fútbol como ideología* (México: Siglo XXI).

Fuentes periodísticas (abreviaturas utilizadas)

La Nación (LN)

“Especial de 50 aniversario. Héroes y leyendas” (50 años), Suplemento especial de *La Nación*, 1996.

“Tiempos de Selección”(TS), Suplemento especial de *La Nación*, en 12 fascículos, 1997.

“100 años de deportes. Hitos nacionales. Éxtasis del fútbol” (100 años), n° 10, Suplemento especial de *La Nación* 1999.

“Revista Dominical” (RD), Suplemento especial de *La Nación*.

La República (LR)

La Prensa Libre (PL)

Ediciones digitales

FEDEFUTBOL: <http://www.fedefutbol.org.cr/>

FIFA: <http://www.fifa.org/>

“La Nación Digital” (LND): <http://www.lanacion.co.cr/>

Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital: <http://www.sirc.ca/revista/>

Notas

1. Agradezco a María del Carmen Araya, informante incansable y crítica incisiva, a Diana Miranda por su valiosa colaboración en la recopilación de información sobre el Mundial de 1990, así como a Canal 7 y a la Dirección de Museos, ambos en Costa Rica, por la información que me brindaron. Versiones preliminares de este ensayo ha sido presentadas en la reunión del Grupo de Trabajo sobre Deporte y Sociedad de CLACSO (Cochabamba, diciembre de 1999), así como en el III Congreso Centroamericano de Antropología (Ciudad de Panamá, febrero del 2000).

2. Ver, además del clásico de Da Matta et al. (1982), el N° 154 de *Nueva Sociedad* (1998), el N° 43 de *Ecuador Debate* (1998), Antezana (1998), Villena et al. (1996), Alabarces y Rodríguez (1996), etc. La revista virtual “Lecturas: Educación Física y Deportes” es la más completa y accesible fuente actual para los/las interesados/as en esta temática. CLACSO, por su parte, mantiene un grupo latinoamericano de trabajo sobre la temática “Deporte y Sociedad” (ver www.clacso.org)

3. El marco teórico que guía este ensayo está desarrollado en mi artículo “El fútbol como ritual nacionalista” (Villena, 1998). He planteado algunas hipótesis sobre el futuro de la articulación entre fútbol y nacionalismo en un breve ensayo titulado “El tercer milenio: ¿era del fútbol posnacional?” (Villena, 2000). El abordaje teórico y metodológico de los discursos mediáticos impresos que realizo en este artículo se basa en Van Dijk (1990).

4. Usualmente, los ciudadanos de Costa Rica se autodesignan “ticos” y denominan a la selección nacional de fútbol mayor como “la Sele”. Utilizaré ampliamente ambos términos aquí, eliminando las comillas para alivianar el texto.

5. Mi fuente principal es *La Nación*. Se revisó también *La República* y *La Prensa Libre*. Estos son los tres periódicos de circulación nacional de mayor tiraje (se calcula por encima de 50.000 ejemplares para cada uno). Se analizaron además algunos videos periodísticos, así como reportajes televisivos realizados entre 1996-1999. Finalmente, se realizaron entrevistas a aficionados y algunos actores, así como observación participante en lugares públicos durante los partidos que jugó la Sele en el pre-mundial de Francia 1998. Los científicos sociales interesados en el deporte en Costa Rica tienen como una de sus tareas urgentes la de conformar un archivo documental, gráfico y audiovisual de carácter público.

6. La FEDEFUTBOL es una institución privada de interés público, sin ingerencia directa del Estado, que regula la práctica del fútbol profesional y amateur en sus distintas divisiones y modalidades, tanto en selecciones como en clubes. Respecto a éstos, aunque existen un par de equipos con una afición

de alcance nacional, la conformación de clubes “profesionales” sigue básicamente un criterio de tipo “representación territorial”, cuya importancia en la formación de identidades provinciales, municipales, cantonales y barriales está aún por estudiarse.

7. Por ejemplo, Oscar Arias (1996-1990) apoyó a la Sele en su trayectoria a Italia '90, Rafael Ángel Calderón (1990-1994) tuvo un papel protagónico en las celebraciones de Italia '90, José Figueres Olsen (1994-1998) viajó a Guatemala a apoyar a la Sele en 1998 y Miguel Ángel Rodríguez (1998-2002) comenta por radio los partidos locales algunos domingos. Pueden verse también, en la televisión, imágenes de la participación de la Sele en Italia '90 incorporadas en algunos *spots* políticos, como los de la actual campaña reeleccionista de Oscar Arias y la campaña presidencial de Rolando Araya. También se han utilizado imágenes de la Sele en la promoción de artículos comerciales, con frases del tipo “Mi equipo es la sele y mi pollo es...”, emitida por un ex-seleccionado.

8. Hasta hoy no existe una articulación institucional clara de la FEDEFUTBOL con el Estado. Se ha documentado que, pese a la temprana presencia de políticos en los campos de fútbol, el Estado comienza a apoyar a este deporte sólo en la segunda mitad de los años '40, a discreción de funcionarios influyentes (cf. Urbina, 1999). Esta modalidad se mantiene aún pese a que desde 1975 existe también una vía más institucional, a través del Instituto Costarricense del Deporte y la Recreación (ICODER), adscrito al Ministerio de Juventud y Deportes, creado el mismo año. Hoy, la prensa y los dirigentes se quejan con frecuencia por la falta de apoyo económico y de regulación estatal al fútbol. Anteriormente se había creado la Dirección General de Educación Física y Deportes (1966).

9. Este triunfo motivó la construcción de lo que el periodismo local denomina el “máximo coliseo nacional”, el “Estadio Nacional”, inaugurado en 1924 con la primera “justa internacional” celebrada en Costa Rica.

10. La Sele se suma, desde lo deportivo, al arsenal simbólico de la nación, conformado por: la bandera, el escudo y el himno nacional (símbolos políticos), la Virgen de los Ángeles (símbolo religioso), la guaria morada y el yigüirro (símbolos naturales), el punto guanacasteco y el traje de campesino (símbolos étnico-folclóricos). Por ello, siempre que designa a la Sele, la prensa usa mayúsculas.

11. Entre 1880 y 1910 se constituyó la “imagen pictórica y literaria de lo costarricense en que se funda la identidad nacional” (Rojas y Ovaes, 1995: pp. 34): se compiló la primera antología de poesía costarricense, la *Lira Costarricense* (1890-1891) y se publicó la “primera novela costarricense”, *El Moto* de Joaquín García Monje (1900), así como la obra poética fundacional,

Las Concherías de Aquileo Echeverría (1905). Carlos Gagini publicó el primer léxico costarricense (1892, obra inicialmente titulada “Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica” y después “Diccionario de Costarriqueñismos”) y Ezequiel Jiménez pintó la casa de adobes, icono de la vida campesina que hoy sirve de decorado en varios programas y comerciales televisivos neo-costumbristas. El “Himno al quince de septiembre” (1886), componente central del cancionero cívico con el Himno Nacional (1903) y “La patriótica costarricense” (1856), así como los primeros periódicos, la *Gaceta oficial*, el *Diario de Costa Rica* y el *Otro Diario*, datan también de ese período (Palmer, *op. cit.*: pp. 202-203).

12. En un ensayo anterior he mostrado cómo este discurso canónico funciona usualmente como “orden del discurso” para la crónica deportiva en general, y del fútbol de selecciones en particular (cf. Villena, 1999).

13. Digo “refugio” porque la llamada generación del “Repertorio Americano” asume, entre 1920 y 1945 aproximadamente, una postura crítica frente a la producción literaria de la generación del “Olimpo”, la cual elaboró el imaginario nacionalista (cf. Quesada, 1998: *passim*).

14. Desde 1961 Costa Rica es parte de la Confederación del Norte, Centroamérica y el Caribe de Fútbol Asociado (CONCACAF). En agosto de 1999 ocupaba el lugar nº 68 entre los 203 asociados a la FIFA, y el quinto entre las 35 federaciones que forman CONCACAF, por debajo de México, USA, Jamaica y Trinidad y Tobago (*ranking* FIFA/Coca Cola). Hasta ahora, los “Amos del área” centroamericana (LN, TS 3, 1/IV/1997: pp. 1) han participado en 12 pre-mundiales, a partir de 1958, clasificando sólo en una ocasión.

15. Entre las manifestaciones de apoyo a la Sele, la prensa registra: un desfile escolar en San Ramón (LN, 8/VI/90, 10C), el viaje del ex-presidente Oscar Arias (LN 5/VI/90: pp. 4D; 8/VI/90: pp. 10C), el asueto decretado por el gobierno para que todos los funcionarios públicos y los estudiantes pudieran ver el partido por televisión (LN 8/VI/90: pp. 12C), e incluso la suspensión de la Reunión Cumbre Centroamericana por una hora (LN 17/VI/90). El Ministerio de Cultura y Deportes instaló una pantalla gigante en una sala de cine, donde “el Presidente y sus Ministros” presenciaron el primer partido (LN 8/VI/90: pp. 12C). También se grabaron discos y, cómo no, los diputados suspendieron sus actividades.

16. En provincia se reportó: “Los desfiles se organizaron espontáneamente unos pocos minutos después de la conclusión del partido, y *nadie*, de los más pequeños hasta los de mayor edad, se perdió la celebración de la hazaña. / En cada cabecera de provincia y en cada cantón aparecieron rostros pintados con la Bandera Nacional, ruido de instrumentos musicales, bocinas, ollas, cualquier cosa, para hacer patente el júbilo (...) / *Así vivió todo el país la proeza*

de la Selección Nacional de Fútbol que, con su triunfo, llenó de fe y esperanza a los costarricenses” (LN 21/VI/90: pp. 20D; énfasis añadido)

17. “Para que *todos los costarricenses* tengan la oportunidad de saludar a los futbolistas y a los miembros del cuerpo técnico, el avión (...) hará un recorrido por todo el país a la altura más baja permitida (...) *los costarricenses* podrán enviar su saludo a los futbolistas con espejos que reflejen su brillo en la aeronave”(LN 28/VI/1990: pp. 1D; paréntesis y cursivas añadidos)

18. “...las banderas se repartirán en el aeropuerto (...), en la entrada del Estadio Nacional y en distintos puntos del desfile, con el fin de que *todos los aficionados* puedan *rendir tributo a sus héroes* (...) Diferentes edificios de la capital adornaron sus ventanas con banderas de Costa Rica y en las principales carreteras del área metropolitana muchas personas hicieron ‘su agosto’ con la venta de emblemas tricolores. También fueron decorados con banderas los postes del alumbrado público de la autopista General Cañas”. (LN 28/VI/1990: pp. 1D, énfasis añadido)

19. PROGRAMA(extraído de LN, 26/VI/1990: pp. 2D): 1) Himno Nacional, interpretado por la Sinfónica Juvenil; 2) Palabras de los miembros de la FEDUTBOLy de los seleccionados; 3) Interpretación de “O sole mío”, a cargo del barítono italiano Bruno Becario, con el acompañamiento de la Sinfónica de Heredia; 4) “La patriótica costarricense”, interpretada por la Sinfónica Juvenil; 5) Tedeum a cargo del arzobispo de San José, Monseñor R. Arrieta; 6) Palabras del Presidente de la República, Lic. Rafael Ángel Calderón (y de la Ministra de Cultura); 7) Concierto con La Pandylla (sic), La Banda y La Nota, grupos que compusieron canciones para la Selección: “Lo daremos todo” (La Banda, con el acompañamiento vocal de los seleccionados), “Agárrense de las manos” (La Nota) y “Mi Costa Rica” (La Pandylla).

20. En el acto de homenaje la delegación portaba una imagen de la Virgen de los Ángeles, a la cual “el equipo siempre tuvo consigo”(29/VI/1990: pp. 3C). Un entrevistado me señaló que un periodista tico, refiriéndose en otra ocasión a las disputas “clásicas” entre las selecciones de México y Costa Rica, señaló: “la Virgen de los Ángeles y la Virgen de Guadalupe ya se han enfrentado muchas veces”.

21. El único símbolo nacional con una convocatoria semejante es la Virgen de Los Ángeles, “Patrona de Costa Rica”, con ocasión de los aniversarios de su aparición (2 de agosto), el cual, según informes de la prensa, logró movilizar en 1999 a poco más de la mitad de la población nacional. Sin embargo, puede señalarse a modo de hipótesis que este evento tiene un carácter más religioso que cívico, puesto que los romeros se limitan a hacer manifestación pública e individual de su devoción a la Virgen. A diferencia de lo que ocurre en México en el santuario de Tepeyac, los peregrin-

nos no portan símbolos nacionales ni realizan actos que expresen su lealtad o pertenencia nacional; de igual forma, de la respuesta de varios entrevistados (y de una observación de los exvotos ofrendados) se puede inferir que las rogativas y promesas tienen un carácter personal o familiar antes que nacional, e incluso comunitario (lo que no descarta, desde luego, que se le ruegue a la “Negrita” por un triunfo de la Sele). Debe destacarse empero el esfuerzo de la prensa en esta ocasión -sobre todo del SINART (Canal 13), que realizó cobertura total durante más de 36 horas continuas- por semantizar este acontecimiento como un evento profundamente nacionalista.

22. Por ejemplo, un reportaje publicado con el título “La hazaña de Italia 90” señala: “Al comenzar el mundial, desde el presidente Rafael Angel Calderón Fournier hasta el más humilde trabajador se unieron a esta fiesta deportiva.” “Jugó con clase, con garra y sin complejos. / Se lució bajando el balón, dominándolo y haciéndolo correr a ras del césped, defendiéndose con gallardía y hasta metiendo un gol tras un pase de taquito. / En el Campeonato Mundial de 1990, efectuado en Italia, Costa Rica dejó boquiabiertos a tirios y troyanos y su labor fue colmada de elogios por la prensa de todo el mundo (...) causaron asombro en todo el planeta. Y qué decir en el pueblo de Costa Rica, que durante diez días caminó sonámbulo, rebosante de una alegría nunca antes vista.” (LN-RD, 9/6/96; paréntesis mío)

23. Esta frase contiene dos elementos que destacar: el primero es la experiencia del viaje como parte del “rito de paso”, del salir y volver al mismo lugar habiendo sufrido una transformación. El segundo también se asocia al viaje: es la “extraterritorialidad” del acontecimiento, que convierte a los jugadores en embajadores. Al respecto, la prensa destacó con ahínco cómo los ticos “conquistaron” el corazón de Mondoví, su “centro de operaciones” en Italia y, más ampliamente, cómo conquistaron un lugar en el mundo.

24. Antezana ha señalado que la axiológica del fútbol es clara: se gana, empatata o pierde, según quién meta más goles. Sin embargo, los comentarios en tiquicia después del partido Costa Rica-Brasil, con resultado 0-1 (16/VI/1990), ponen en duda esta axiológica: “1 x 0 no es derrota” e, incluso, “El resultado ante Brasil fue un gran triunfo” (LR, Revista Italia '90, 17/VI/1990: pp. 15). Es evidente que, más que los triunfos deportivos, aquí importan las victorias morales: en último término, la consigna es “perder con dignidad”.

25. Por ejemplo, en 1998 *La Nación* publicó una revista denominada “Tiempos de Selección”, recibiendo mayor atención los eventos de 1921 y de 1990. Este diario también ha publicado un “Especial de 50 aniversario” (1996) y una serie denominada “100 años del deporte” (1999), en los que la “gesta mundialista” ocupa la parte central. *La Nación digital* también incluye videos

de los goles y parte de las celebraciones. Por otra parte, el más ambicioso proyecto de elaboración de una historia del fútbol nacional ha publicado sólo uno de los tomos previstos (el tomo III), dedicado precisamente a la “hazaña” mundialista de 1990.

26. El concepto de “centro ejemplar” fue elaborado por Geertz (1994) cuando estudiaba la función simbólica que cumplían los gobernantes javaneses para su pueblo. Ahí, según la ideología cósmica del reino, la corte asumía el papel de paradigma microscópico que cumple la función de diseminar, mediante exhibición, la civilización: la capital es como el sol, y el reino es como su aureola. Según se puede apreciar cotidianamente en las encuestas y artículos de opinión, en Costa Rica difícilmente la clase política podría cumplir ese papel ejemplar.

27. Pese a que sus rasgos de hispanidad han sido atenuados en las narrativas nacionalistas, la figura del campesino mítico sigue siendo central en la identidad costarricense: “Somos campesinos. La fuerza de la cultura campesina entre nosotros, no tiene equivalente ni comparación. Esa cultura campesina que reúne (no siempre armoniosa, a menudo dialéctica y conflictivamente) lo indígena, lo europeo y lo caribeño, es nuestra única raíz profunda y verdadera. Olvidarla, dejarla de lado, sepultarla o despreciarla, es nuestro suicidio como nación y como pueblo” “Los campesinos no están sólo en el pasado ni pertenecen a la historia, como para desgracia piensan muchos. No, los campesinos también son el presente, y una cosa es cierta, y es que si algún futuro tenemos como nación, será también con ellos y por ellos” (Soto, *op. cit.*)

28. Por ejemplo, un editorial (LN, 17/XI/1997) dedicado a la eliminación de la Sele en su camino a Francia '98 señala: “...esta desorganización programada (del fútbol) le está causando daño al país en el orden deportivo y en general (...) por cuanto el fútbol, dadas su extensión nacional e internacional, así como su raigambre en el pueblo costarricense, se ha insertado en nuestra cultura y, como tal, es un espejo y una escuela. Un espejo de nuestros defectos y una escuela de deformación nacional”. El fracaso de la Sele de entonces, considerada por el periodismo como “la mejor selección de nuestra historia”, como “una constelación de estrellas”, provocó una verdadera crisis de seguridad ontológica entre los ticos, generando variadas e interesantes reflexiones sobre la identidad nacional.

29. Aunque en general los jugadores asumen públicamente esa representación, también la resienten, sobre todo en privado, porque consideran que la responsabilidad que se les asigna es excesiva: como me señaló un ex-seleccionado del '90, un fracaso fácilmente los convierte de “héroes” en “villanos”.

30. Se trata del consabido discurso de que “detrás de cada gran hombre, hay una gran mujer”: “si algo se reafirmó en Mondoví fue el profundo significa-

do de la familia, y el amor que se siente por ella” (Gladys López, LR-RI’90: pp. 29/VI/1990). En los últimos años, empero, este rol secundario de la mujer está siendo cuestionado, puesto que su participación es creciente como aficionadas, jugadoras, periodistas y dirigentes de fútbol. Por ejemplo, la selección femenina realizó un mejor papel que la masculina en los Juegos Panamericanos de Winnipeg (Canadá, 1999), donde obtuvo la única medalla que logró la delegación costarricense. Sin embargo, me parece que, pese a este triunfo, pasará todavía mucho tiempo antes de que el fútbol femenino se convierta en una “pasión nacional”.

31. La militarización del léxico futbolístico fue muy evidente durante las eliminatorias para el mundial de 1998, cuando *La Nación* utilizó ampliamente términos como “artillería”, “legionarios”, “trinchera”, etc., así como una iconografía belicista. Alcanzó su máxima expresión en la polémica -y “disgusto” diplomático- provocada por las declaraciones del nada discreto tercer técnico de la selección, quien refiriéndose al partido que jugarían Costa Rica y EE.UU. en territorio norteamericano señaló que los ticos atacarían la Casa Blanca con todo el armamento pesado del que disponían (Ver Villena, 1998: pp. 103- n. 20)

32. En general, me parece que el triunfo de los “costumbristas” frente a los “modernistas” hacia fines del siglo pasado ha generado una ideología, vigente hasta hoy, que al mismo tiempo glorifica la cultura campesina y estigmatiza el refinamiento y el cosmopolitismo cultural. Hoy es común, aún en el ámbito universitario, censurar a quien utiliza un vocabulario más extenso que el estándar, con frases irónicas como “ay carajo, esas palabritas de domingear”. También es usual que se considere más importante el culto del cuerpo que el del espíritu.

33. La creciente violencia que en los estadios protagonizan las “barras bravas” ha introducido al “pachuco” en el discurso periodístico sobre el fútbol. Se distinguen, al respecto, tres posiciones: una conservadora, que la trata como un índice de deterioro moral de la sociedad; una “amarillista”, que siendo también conservadora estimula estas prácticas, y finalmente una “puritana”, que se niega a otorgar importancia a estos hechos con el fin de mantener una postura “positiva” del fútbol como generador de valores en la sociedad. Ninguna señala como posible causa de la violencia en el fútbol a la frustración generada por el contraste entre los discursos triunfalistas de la prensa y los sucesivos fracasos que sufren los equipos.

34. Se pueden encontrar sin esfuerzo ejemplos en la prensa de la asociación entre “campesino” y “futbolista”, aunque ninguna como en el caso de Mauricio Montero. Con ocasión de su apoteósica despedida de la vida activa como jugador, se dijo que tenía “manos de tierra” y “corazón de león”, es decir, la humildad y el coraje del campesino mítico, lo que lo convertía en el

“último caudillo” que había estado dispuesto a “matar” por la patria (ver Villena, 1999)

35. La dimensión religiosa de los discursos sobre el fútbol se puede apreciar no sólo en las crónicas, sino también en el discurso de los actores: jugadores, dirigentes, políticos, etc. En 1990, una de las dimensiones más destacadas del comportamiento ejemplar de los jugadores fue su fe católica en Dios. *La Nación* publicó un póster del máximo héroe, Gabelo Conejo, el “portero que reza”, arrodillado con las manos juntas en señal de oración.

36. Por su parte, la prensa actúa a menudo como celoso guardián de esta ejemplaridad, sobre todo de su utilización política: “Uno de los aspectos más negativos de la celebración de ayer fue el papel protagónico de quienes no eran los festejados. Aunque los *verdaderos héroes* fueron los futbolistas, no eran ellos precisamente los que ocuparon los primeros lugares en la rampa del Estadio Nacional. Presidía el Presidente de la República, algunos de sus ministros y asesores. Los seleccionados estaban atrás.” (LN 29/VI/1990: pp. 6C, cursivas añadidas)

*Identidad y poder en el fútbol:
algunas reflexiones a partir
de la experiencia jujeña*

◀ Juan Pablo Ferreiro, Sofía Brailovsky y Elisa Blanco*

“El fútbol aparece como una “arena pública” en la que se desarrollan algunos de los dramas de una sociedad y es, por lo tanto, un vehículo de su cultura. [...] Es interesante preguntarse por la eficacia simbólica del fútbol, y ver las diferencias con otras sociedades y culturas en donde este deporte es tan importante ...” (Archetti, 1984, pp. 3-4)

De las primeras reflexiones surgidas del trabajo de campo, que representan la complejidad por donde habitualmente discurre nuestra búsqueda, surge como punto de partida la de considerar al fútbol como un ritual de masas, tal vez el más potente y perdurable del siglo, expresado a través de un deporte “de combate”. Esta concepción ha sido desarrollada por diversos autores, entre los cuales se encuentran Pierre Bourdieu y Norbert Elías. Precisamente éste último nos provee a través de sus análisis una perspectiva general, desde la cual proponemos que “en todas sus variedades, el deporte es siempre una batalla controlada en un escenario imaginario, sea el oponente una montaña, el mar, un zorro u otros seres humanos...” (Elías y Dunning, 1996, pp. 68; Bourdieu, 1988).¹

En países como la Argentina, este tipo de práctica se ha transformado en un verdadero ritual político,² cuya naturaleza proponemos entender “como una tecnología experimental destinada a afectar el flujo de poder en el universo, [que] es particularmente idónea para responder a las contradicciones creadas y engendra-

* Juan Pablo Ferreiro: Antropólogo. Profesor Adjunto Ordinario. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Director del Proyecto 08/C072 “Fútbol: pasión de multitudes, guerra de símbolos”, financiado por la SECTER, Universidad Nacional de Jujuy. Sofía Brailovsky: B. S. en Cs. Pedagógicas, Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto. Elisa Blanco: Técnica Superior en Antropología. Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto.

das (literalmente) por los procesos de transformación social, material y cultural; procesos representados, racionalizados y autorizados en nombre de la modernidad y sus diversas coartadas ('civilización', 'progreso social', 'desarrollo económico', 'convención' y otros semejantes)...” (Comaroff & Comaroff, 1993.). Pero además de sus aspectos políticos, dichas prácticas y ceremonias se constituyen en un auténtico ritual de la violencia a través del cual se interpela al poder social, y al mismo tiempo sirven para poner en juego el complejo conjunto de elementos que conforman el proceso de creación y recreación identitaria, ya que a través suyo tienden a estabilizarse, a estandarizarse, pero también a disputarse, la membresía, la pertenencia y la exclusión de/a un determinado sector. Precisamente, tales particularidades definen una ambivalencia que implica considerar que todo lenguaje político es un lenguaje vinculado a los procesos identitarios, y que éstos no pueden sino ser procesos políticos,³ de manera tal que el ritual opera de articulador entre ambos polos.

Este vínculo, consustancial al origen del fútbol,⁴ se revela en toda su profundidad y extensión en el ámbito que nos toca analizar hoy. Los británicos, que trajeron el fútbol al Río de La Plata, también lo afincaron en Jujuy, de la mano de la industrialización azucarera y el ferrocarril. Allí, el registro de un primer cotejo nos retrotrae a la década de 1890, cuando británicos y criollos ya aparecían mestizados en deportivo fervor. Sobre todo en el interior del país, el fútbol se desarrolló al compás de la producción local, al principio siguiendo el camino de ésta a través de su transporte: el tren. Así nacieron buena parte de los equipos más tradicionales de la porción septentrional de la Argentina: los diversos Central Norte (Tucumán, Salta, Perico), Central Córdoba (Rosario, Tucumán, Santiago del Estero), Tucumán Central, Villa Mitre (Tucumán), Talleres (Córdoba), Mitre (Santiago del Estero), Rosario Central, etc.

Así como el ferrocarril implicaba el “disciplinamiento” y organización de la producción local, estos elementos, implícitos en la práctica del fútbol, se aplicaron sin cortapisas.

Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de disciplinamiento? Básicamente, a que el fútbol reitera la misma lógica organizacional que el trabajo industrial, disciplinado, organizado, colectivo, en el que cada hombre tiene su puesto previamente estipulado en el cual desarrolla sus capacidades. A través de esta lógica, la misma que anima las modernas sociedades democráticas, igualitarias en el derecho y profundamente desiguales en los hechos, se establecen los patrones y performances aceptables para tales roles; se regula y canaliza la violencia (de otra forma “desbordante”) que implica el juego, se “enseña” a ganar y a perder, a “comportarse” en una sociedad racional y democrática, y a establecer cuáles son los vínculos reales entre el desempeño y la aspiración individuales y las necesidades y prácticas colectivas.

Basta hacer un breve recorrido por los orígenes del fútbol argentino para advertirlo. Un dato aparentemente menor, el nombre (el *quién*, como diría Américo

Castro), se muestra eficaz en la sugerencia. Designaciones como Juventud Antoniana de Salta (fundado, como su nombre lo indica, por los franciscanos a partir de la actividad deportiva colegial) o Argentinos del Norte -el “sagrado”, que comenzó como campus deportivo de un colegio religioso de la elite tucumana y cuya camiseta, significativamente, ostenta el diseño y colores de la enseña nacional- indican el sentido que proponemos.⁵ En Jujuy, más que representar la surgente industrialización nacional, lo que parecía manifestarse a través de una poética particular era la voluntad política de construcción de un sentido de pertenencia nacional. Argentino del Norte, Regimiento 20, Tiro Federal, Escuela de Artes y Oficios, Alba Argentina, General Belgrano, son algunos de los nombres-insignia de esa búsqueda de identificación con lo argentino emergente,⁶ o si se prefiere con el *ethos* nacional, como diría Eduardo Archetti. Proceso que completaba su sentido con la presencia, en el ámbito de la dirigencia y organización, de los notables del momento. Esto es, el tradicional y dominante tema del avance de la “civilización” sobre la “barbarie”, o el disciplinamiento de una mano de obra aún indócil. Conjunto éste de carácter heteróclito, que representaba en toda su extensión y con todas sus consecuencias a los ‘otros’ culturales, sociales, étnicos. Por un lado los pobladores del interior del país, que se sumaban al proceso de industrialización experimentado por la sociedad argentina, y cuya socio-categorización tradicional incluía (incluye) un contenido étnico velado (“los cabecitas negras”). Por otro los inmigrantes, europeos pobres y del resto del continente americano, quienes se fusionaban con la población nativa y eran vistos como potencialmente peligrosos (pero económicamente útiles) para los intereses de los sectores que detentaban el poder en el país. El fútbol comenzaba a actuar como un puente que, más allá de fronteras lingüísticas, étnicas, religiosas o culturales, permitía que los trabajadores expulsados por el campo se entendiesen con los trabajadores expulsados por Europa.⁷

Pero a la vez, sobre él se montaba una estrategia con fines claramente pedagógicos, esto es, de construcción y publicitación deliberadas de una clara hegemonía social y étnica, que no sólo se expresaba en la lógica de denominación, sino que además animaba a todo el proceso fundacional. En los comienzos, figuras tales como el canónigo José de La Iglesia⁸ fundaron clubes (Atlético Belgrano) que servían como mecanismo de control de la juventud,⁹ en los cuales también participaban activamente las autoridades militares de la ciudad¹⁰ y se destacaban algunos apellidos clásicos del patriciado local.

De esta manera, el proceso de control social implícito se vinculaba lógica y materialmente con las necesidades identitarias de una sociedad en estado de emergencia permanente desde su independización política.¹¹

Hacia mediados de siglo, el fútbol actualiza su contenido y organización en función de los cambios producidos en el resto de la sociedad. El desplazamiento del orden conservador-oligárquico tradicional por el populismo laborista-peronis-

ta se manifiesta en la presencia en la estructura de la liga, en carácter de representantes de clubes, de los tres caudillos más importantes de la segunda mitad del siglo: Humberto Martiarena, Horacio Guzmán y Guillermo Snopek.¹² Hoy, las vinculaciones entre el poder político y el fútbol local son fluidas y densas.¹³

Sin embargo, esta relación no se agota en el fenómeno de la “domesticación social”, sino que expresa también procesos de gestación de identidades colectivas: aún a pesar de este tipo de lógica social, dentro de tal esquema anida el conflicto potencial, ya como enfrentamiento faccioso, ya como interpelación a lo social y sus jerarquías. Precisamente, como afirma Patrick Mignon: “La popularidad del fútbol reside por igual en el hecho de que entiende tanto al conflicto como a la competición como formas normales de la vida en sociedad: se opone a todas las formas de neutralización de las relaciones entre grupos, y a la creencia en la pacificación definitiva de la sociedad. De hecho, considera que la cuestión de la relación con el otro no puede ser evitada...” (Mignon, 1998, pp. 29)

Este tipo de proceso actúa según lo que Bromberger ha denominado “lógica partisana”, la cual se funda en un antagonismo bipolar básico fundado en la pertenencia territorial, cultural, étnica, de clase, religiosa, etc.¹⁴ y, echando mano de todo tipo de señales y símbolos a fin de desacreditar y degradar al rival eventual, intenta afectar el resultado del encuentro. A ello se suma, desde luego, la exposición en forma actualizada de enfrentamientos previos y originarios de otros ámbitos. (Bromberger, 1998, pp. 74-76)

Tal es el principio que opera en categorizaciones como “cirujas/decanos; bosteros/millonarios; negros/ojitos verdes; tatengues/sabaleros, santos/quemeros, jujeños/periqueños, etc.”, algunas de las cuales no ocultan su contenido clasista, y a las cuales se suman, ya en las décadas de 1980 y 1990, otras de fuerte contenido étnico (“bostero bolita, paraguayo”) que juegan un papel importante en la redefinición de la identidad adscripta al otro, en su valoración social y en la constitución de su más completa ajenidad (social, étnica, cultural, política, etc.). Esto es lo que parece traslucirse en una nota cuyos fragmentos transcribimos a continuación:

Al considerarse una nota del Club General Belgrano en la que formula una seria protesta por un atentado contra la cultura deportiva llevado a cabo el 8 de julio en el field del stadium durante el partido realizado entre el combinado local y Atlético San Pedro, donde a raíz de una jugada prohibida verificada por el wing izquierdo del team visitante en contra de un jugador local, el público exteriorizó su desagrado por medio de gritos y silbidos, el jugador sampedreño, en forma airada e inculta, llevándose las manos a las partes genitales de su cuerpo, contestó al público al mismo tiempo que realizaba gestos obscenos. (Acta 1: p. 61, 1928)

En esta nota el Club General Belgrano dice que no es la primera vez que los clubes de San Pedro evidencian en forma concluyente que carecen de toda

noción de cultura y al efecto se recuerda el escándalo producido el año pasado en el stadium cuando los jugadores de Newell's Old Boys fueron apedreados por el público y hubo hasta tiros resultado de esta refriega: tres heridos pertenecientes al club visitante [...] los casos citados exponen la incultura deportiva de los jugadores de San Pedro y que tienen una educación muy pobre. Además que la liga en nada se beneficia en concertar encuentros con tales clubes porque ninguna enseñanza dejan a los cuadros locales, ni puede existir confraternidad y al contrario, sólo se recibe manifestaciones injuriasas... (Acta 1:62, 1928).

En realidad, lo más importante del mensaje, en este caso, no es lo que se dice, sino aquello que no se dice. La "salvajización" de los jugadores sanpedreños difícilmente podría haberse sostenido de no haber existido previamente un extendido prejuicio acerca de ellos. Lo que no se dice es, precisamente, que este prejuicio está vinculado con la presencia de una muy numerosa población aborigen¹⁵ utilizada como mano de obra en las plantaciones de esa zona de la provincia, donde se desarrolla la industria azucarera, a la vez que constituye la principal zona de asentamiento de los administradores y técnicos británicos.

Tales formas de categorización y clasificación constituyen el fundamento socio-antropológico de cualquier proceso de construcción o resignificación identitaria. Jenkins plantea que toda socialización es categorización. El reconocimiento de este hecho es decisivo en los procesos identitarios, ya que implica situar al poder, a los fenómenos de hegemonía y contra-hegemonía, en el plano de las agencias (Jenkins, 1995).

Las prácticas clasificatorias son el puente, además, entre el individuo y el grupo, y poseen también una constitución dual. En el ámbito de las relaciones cara a cara, de la interacción personal o de pequeño grupo, se puede reconocer un doble mecanismo de clasificación: el primero se vincula a la designación de la que es objeto un individuo en relación a un colectivo mayor, que puede remitir al ámbito del género, de lo étnico, de lo socio-laboral, de lo local, de lo deportivo, etc. Se reconoce a través de ésta una pluralidad de identidades que habitualmente se segmentan de manera jerarquizada. El segundo, en cambio, involucra las consecuencias prácticas de las designaciones anteriores en el ámbito de la experiencia cotidiana. De esta forma, un conjunto de categorizaciones específicas -por ejemplo hincha de Boca Juniors y originario de una provincia interior- puede tener consecuencias totalmente distintas para los agentes que la ostenten dependiendo de las situaciones específicas a las que se enfrenten.

El segundo aspecto de esta dualidad se relaciona con el ámbito que supera las relaciones cara a cara, donde los individuos y los grupos a pequeña escala se vinculan con otros similares constituyendo colectivos mayores. En este nivel, esta forma particular de configuración social generadora de procesos identitarios que es una hinchada, comienza a funcionar como lo que B. Anderson denominó *co-*

munidad imaginaria.¹⁶ Es imaginaria porque su tamaño supera habitualmente el contacto cara a cara, y en consecuencia sus miembros no se conocen unos a otros personalmente aunque todos forman parte de esa imagen colectiva. Es *limitada*, aunque su volumen pueda ser muy grande (el caso de las grandes hinchadas de extensión nacional como Boca, River, etc.). Posee límites o fronteras más allá de los cuales se ubican formaciones semejantes y por lo tanto rivales. Al mismo tiempo, reclama al menos simbólicamente un territorio que le es propio y original (Boca y su barrio porteño, Ciudadela y San Martín de Tucumán, Villa Crespo y Atlanta, Cuyaya y el barrio homónimo en San Salvador de Jujuy, Talleres y Ciudad Perico, Lavalle y el barrio Mariano Moreno, etc.). Reclama, por tanto, ser una comunidad más allá de la existencia de ubicaciones física, social y económicamente diferenciadas; más allá de la existencia de dirigentes, dirigidos e hinchas que remiten a diferencias de clase o sectores de clase (Anderson, B., 1993, pp. 6). A su vez,

La relación entre los grupos es, para decirlo de algún modo, no natural: es el contacto externo azaroso entre las entidades que tienen sólo un interior (como una mónada) y ningún exterior o superficie externa, con excepción de esta circunstancia particular en la que es precisamente el borde externo de lucha, no del grupo —mientras permanece irrepresentable— el que roza con el del otro. Hablando llanamente, entonces, deberíamos decir que la relación entre los grupos debe ser siempre de violencia, dado que la forma positiva o tolerante que tienen de coexistir es apartarse uno del otro y re-descubrir su aislamiento y su soledad. Cada grupo es, por lo tanto, el mundo entero, lo colectivo es la forma fundamental de la mónada, que carece de ‘ventanas’ y de límites (por lo menos desde adentro) [...] Porque el grupo como tal es, necesariamente, una entidad imaginaria, es decir, ninguna mente individual es capaz de intuirlo concretamente. El grupo debe abstraerse o fantasearse sobre la base de contactos individuales aislados y de experiencias que nunca pueden ser generalizadas si no es de forma burda. Las relaciones entre los grupos son siempre estereotipadas en la medida en que implican abstracciones colectivas del otro grupo más allá de cuan adocenadas, respetuosas o liberalmente censuradas sean. (Jameson y Zizek, 1998, pp. 104-105)

Algunos de estos estereotipos, los que poseen un contenido étnico valorativo, se asocian al proceso de migraciones regionales hacia la Argentina acentuado por las políticas neoliberales aplicadas en todo el continente. El resultado se manifiesta en las conductas de los aficionados y en la composición de los distintos equipos del fútbol nacional. Debido a sus cercanías geográficas y a la composición de sus planteles, éstos comenzaron a asociarse con determinadas corrientes migratorias nacionales: por ejemplo, el recordado caso del hoy desaparecido club Mandiyú, de la provincia de Corrientes, que llegó a tener en sus filas a tres seleccionados paraguayos (a pesar de que este club era en realidad un emprendimiento deportivo-comercial de una empresa algodonera cuyos propietarios eran de ori-

gen armenio); o el caso que más interesa a nuestros fines, el de Gimnasia y Esgrima de Jujuy, que al llegar al Nacional B de la AFA durante los '90 ya es categorizado como un equipo "boliviano", a pesar de que la inclusión de jugadores de esa nacionalidad recién comienza a darse una vez ascendido el equipo a la 1ra división, a fines de esa década, y del hecho de que desde su fundación es reconocido como el equipo de los "turcos", la comunidad sirio-libanesa local, ayer representativa de la inmigración "pobre" y hoy sinónimo de ascenso social exitoso.

Este tipo de prácticas es particularmente visible en, con y para los simpatizantes jujeños en el contexto de la primera división del fútbol argentino, pero también son reproducidas a nivel local al acentuar la división entre los equipos de la capital vs. los equipos del interior: por ejemplo al identificar a los simpatizantes de Talleres de Perico con la inmigración boliviana,¹⁷ y en general con lo ajeno a la ciudad de Jujuy. Este tipo de categorización, que funciona eventualmente como un estigma, también actúa en los enfrentamientos interprovinciales, por ejemplo con equipos y simpatizantes de la provincia de Salta, con quienes existe además una rivalidad tan marcada que podría definirse como co-constituyente de la identidad futbolística local. Allí son los salteños quienes acusan a los jujeños de ser bolivianos, mientras que ellos mismos, mediante un desplazamiento semántico, pueden sufrir la misma acusación cuando juegan contra otros equipos del país (por ejemplo, tucumanos y cordobeses en el Nacional B).

Tales mecanismos, sobre todo cuando están enmarcados en una situación de profundos cambios estructurales a nivel nacional y regional, resultado de la aplicación de un programa gubernamental neoconservador, generan fuertes conflictos intra-sectoriales. Dichos antagonismos van desde el enfrentamiento larvado al choque frontal y violento entre tipos particulares de hinchas (*barras bravas*). En algunos casos tales disputas pueden establecerse alrededor de rivalidades tradicionales entre grupos similares, y en otros pueden constituirse en abiertos enfrentamientos con la autoridad pública, en disputa por el monopolio legítimo de la fuerza. Dichos fenómenos, vinculados a lo que en la teoría social anglosajona se ha denominado *hooliganismo*, delimitan áreas de conflicto en torno a grupos de edad, género, ocupación, pertenencia política, origen territorial y/o étnico, grupos de status y adscripción de clase.

Pero además se torna decisivo para un análisis de este tipo considerar que el fútbol, además de ser un hecho socio-antropológico de masas, es también un producto de consumo. Posiblemente se trate de *el producto* de consumo de fin de siglo si atendemos a los volúmenes de dinero y público que afecta, generando además de lo ya expuesto una dinámica particular a su alrededor.

El fenómeno del fútbol como massmediático, masivo y universal es relativamente reciente. Su comienzo efectivo puede tal vez situarse durante el Mundial de México, en 1986, y acompaña al -o es efecto del- proceso general de instauración de un orden neoliberal promovido desde los países más desarrollados. Uno

de los efectos principales es el abandono del Estado de su rol tradicional de contralor, con la consecuente modificación de la noción de Estado-Nación, instancia históricamente clave en la constitución de identidades regionales y nacionales. El espacio abandonado por el Estado fue ocupado progresivamente por el mercado, el cual inficionó todos los ámbitos con su lógica, lo cual implicó la generalización y desarrollo de la noción de consumo y su agudización a partir de la crisis.¹⁸

Uno de los efectos sociológicamente más importantes ocurridos como consecuencia directa de ello ha sido la modificación de la noción de “ciudadanía”, junto con la importancia creciente de la noción de “consumidor”.¹⁹ En esto hay, según la opinión de algunos autores como García Canclini, un desplazamiento del desempeño ciudadano hacia las prácticas del consumo (García Canclini, *op.cit.*).²⁰

Ello tiene efectos evidentes en la conformación de las identidades involucradas, y en consecuencia también sobre la constitución y reconstitución de los grupos de consumidores-aficionados (hinchas). Se trata además no ya de un proceso unidireccional, sino de un complejo sumamente dinámico de flujos y reflujos. Este conjunto de fenómenos inter-vinculados, que designaremos como “globalización”, expresa toda su carga de ambigüedad precisamente en los procesos identitarios. En su composición se reconoce por un lado la conjunción de las fuerzas de integración socioeconómica y política que se traducen en una lógica globalizante: la transformación de todo el mundo, por parte de los estados modernos y la economía, en un mercado de consumo gigantesco y en un nuevo sujeto, el “consumidor universal”. Paralelamente, ese mismo proceso generativo demuestra ser completamente ineficaz para contener y orientar el sentido que adquieren la transformación y recreación de las identidades personales y grupales.²¹

La causa principal de esta situación es que el consumo se realiza y efectiviza en términos locales y socioculturales de escala más restringida. Es en este último nivel donde se producen su fragmentación y jerarquización, ya que implica el reconocimiento del valor público de un bien o servicio, y por lo tanto reclama una toma de posición que define niveles de integración y distinción/exclusión dentro de una configuración social dada. En este sentido resulta muy útil atender a la reflexión propuesta por De Certeau, quien considera que

A la producción de los objetos y de las imágenes, producción racionalizada, centralizada, ruidosa, espectacular y expansionista, corresponde otra producción disimulada en forma de consumo, una producción astuta, dispersa, silenciosa y oculta, pero que se insinúa por doquier. Esta producción no queda marcada por productos propios, sino que se caracteriza por maneras propias de emplear los productos difundidos e impuestos por un orden económico dominante. [...] La producción del practicante está enmascarada por el producto que utiliza sin haberlo fabricado. Por la manipulación que hace del producto el practicante es el autor de una producción secundaria que se oculta

en el proceso de utilización. [...] Los usuarios trafican con y dentro de la economía cultural dominante (De Certeau, en Alabarces, 1997: 296)

Pero ese ejercicio de apropiación que implica el consumo, atendiendo a la ya señalada ambivalencia del fenómeno, indica por un lado el carácter limitado y fragmentario de los agentes históricos en esta etapa,²² y por otro que la diferencia y la desigualdad cultural y social, y sus desarrollos identitarios resultantes, se originan en ese nivel pero no se resuelven, sino que remiten al proceso general altamente complejo que las subsume en un conjunto de prácticas y lógicas universalizantes. La identidad, entonces, es el resultado de esa tensión global-local, y servirá para distinguir a los agentes involucrados a partir de un cierto conjunto de *habitus* vinculados de manera directa con el consumo y con las prácticas a él asociadas.

Aún cuando no fue Bourdieu quien propuso este término originalmente, tomaremos su conocida formulación por tratarse de la más desarrollada y la que ayuda a comprender una mayor cantidad de fenómenos, y por permitir, finalmente, la vinculación entre lo estructural y la práctica de los agentes concretos.²³

En este contexto, entonces, cabe decir que asistimos a una verdadera explosión de identidades como producto de la disolución de los lugares desde los cuales los sujetos universales hablaban. Lejos de implicar la desaparición de los grandes colectivos identitarios, como las clases,²⁴ su valor explicativo como categoría macro-social se ha reducido, y su misma participación en tanto que constitutiva del sujeto histórico también se ha modificado sustancialmente. Sin acudir en su reemplazo, pero sí desplazándola del centro de la escena, ha tenido lugar la emergencia de la multiculturalidad, un universo social “estallado” en múltiples fragmentos, cada uno de los cuales es o puede ser agente o detonante de procesos identitarios de género, etnia y/o clase.

En este sentido resulta útil

pensar el fútbol como lugar donde la actuación ritual es un componente fundamental [porque] permite poner en acción la categoría y dispararla hacia nuevos problemas; si las sociedades post-industriales nos hablan de homogeneización, globalización, homeostasis, podemos discutir de qué manera prácticas culturales especialmente señaladas por grandes escenarios ritualizados (y masivos) fragmentan el continuum global para demarcar territorios espaciales y simbólicos donde ejercitar y constituir identidades operativas... (Alabarces y Rodríguez, *op. cit.*: pp. 82)

Los ámbitos así constituidos requieren de los agentes participantes el desarrollo de estrategias políticas, esto es, de vías diversas de vinculación con el poder social. En consecuencia, es en la articulación/separación entre estos diversos fragmentos, en la frontera entre un “nosotros” y un “otros”, donde se sitúa el punto nodal de nuestro interés, ya que constituye el modelo configuracional básico

sobre el que se asientan los fenómenos arriba comentados y es además el nexo conceptual que vincula el ámbito de la estructura²⁵ con la performance individual. Es necesario aclarar aquí que partimos de una perspectiva que articula al hombre y la sociedad no como entidades reificadas y aisladas, sino como dimensiones constituyentes de un mismo proceso. Aún siendo determinadas por éstas, las acciones individuales nunca son enteramente reductibles a fuerzas sociales, que no son la mera suma de los actos individuales.

Así, las diferencias entre “nosotros” y “otros” pueden (y en este caso deben) observarse como una configuración cambiante, en el sentido en que la definiera Elías:

Lo que se entiende aquí por figuración es el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones en sus relaciones mutuas. Como se ve, esta figuración constituye un tejido de tensiones. La interdependencia de los jugadores, que es la premisa para que constituyan entre sí una figuración específica, es no sólo su interdependencia como aliados sino también como adversarios.

Se reconoce mejor el carácter de una figuración como tejido de juego en el que puede existir una jerarquía de varias relaciones ‘yo’ y ‘él’ o ‘nosotros’ y ‘ellos’ si se piensa en un partido de fútbol... (Elías, 1982, pp.157).

De este modo, proponemos comprender al fútbol como “una ficción, un modelo, una metáfora” de la estructura social jujeña, tal como presenta Geertz a la riña de gallos balinesa, aunque en nuestro caso consideramos que el fútbol sí mitigará o exacerbará las pasiones sociales dependiendo de la situación.²⁶

Esta diferencia esencial con el planteo de Geertz significa reconocer que las relaciones al interior de y entre los grupos que forman parte del “ocio rigurosamente vigilado” se fundamentan en muchos casos -y éste es uno de ellos- sobre la exclusión y la subordinación de unos a otros. (Geertz, *op. cit.*)

El fútbol es un universo con categorías propias de conocimiento, donde están presentes la política, la economía, la ética, la estética. Pero éstas, lejos de obstaculizar las percepciones o las gratificaciones que como jugador o como espectador nos depara, las dirigen, amplifican y dramatizan.

Bibliografía

- Actas de la Liga Jujeña de Fútbol*, libro 1, año 1928
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol / deporte / sociedad / cultura* (Buenos Aires: Atuel)
- Alabarces, Pablo 1997 “Intersticios, alteridades, tráficos. Apuntes para una teoría de la cultura de las clases populares”, en Margulis, M. y Urresti, M., *La cultura en la Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires: CBC-UBA), pp. 289/300
- Anderson, Benedict 1993 *Imagined Communities* (London: Verso)
- Archetti, Eduardo 1984 “Fútbol y Ethos”, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras Secretaría de Publicaciones, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires)
- Archetti, Eduardo 1985 “Fútbol, violencia y afirmación masculina”, *Revista Debates* (Buenos Aires, abril-mayo, N° 3)
- Augé, Marc 1995 (1994) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1988 (1987) *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1997 (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; (Barcelona: Anagrama)
- Comaroff, Jean & Comaroff, John 1993 *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa* (Chicago: Chicago Univ. Press).
- Elias, Norbert y Dunning, Eric 1996 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: F.C.E.)
- Elías, Norbert 1982 (1970) *Sociología Fundamental* (Barcelona: Gedisa)
- Galeano, Eduardo 1996 *El fútbol a sol y a sombra* (Buenos Aires: Siglo XXI)
- García Canclini, Néstor 1995 *Ideología, cultura y poder* (Buenos Aires: F.F. y L.-C.B.C.-UBA)
- Geertz, Clifford 1987 (1973) *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa)
- Jameson, Fredric y Zizek, Slavoj 1998 *Estudios multiculturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (Buenos Aires: Paidós)
- Jenkins, Richard 1995 *Rethinking ethnicity* (London, Verso)
- Karasik, Gabriela A. y Benencia, Roberto 2000 “Apuntes sobre la migración fronteriza: trabajadores bolivianos en Jujuy”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, (Buenos Aires), n° 40

Marcus, George 1994 "Notes on the hyperinterest in questions of identity in contemporary social and cultural analysis, with some comments on trends in Latin American studies", *VIº Coloquio Internacional Identidad y Cultura en los Andes*, Grupo de Trabajo de Historia y Antropología andinas-CLACSO, Centro Bmé. de las Casas-UN Jujuy.

Martínez De León, Hugo 1999 *El superclásico. Boca-River: historia y secretos de una pasión* (Buenos Aires: Grijalbo)

Notas

1. En este sentido, y continuando con el análisis desarrollado por los autores, entendemos que tal tipo de mecanismos se debe a que "La naturaleza mimética de un enfrentamiento deportivo como una carrera de caballos, un combate de boxeo o un partido de fútbol, se debe a que ciertos aspectos de la experiencia emocional asociada con una lucha física real entran en la experiencia emocional que brinda la lucha 'imitada' de un deporte. Pero en la experiencia deportiva, lo que sentimos durante una lucha física real es trasladado a un mecanismo de transmisión distinto. El deporte permite a la gente experimentar con plenitud la emoción de una lucha sin sus peligros y sus riesgos..." (Elías y Dunning, *op.cit.*: pp. 65)

2. Remitimos para un análisis detallado de este punto a los trabajos de Eduardo Archetti, 1984 y 1985, y también a los diversos artículos editados por Alabarces y Rodríguez, 1996.

3. Nuestra posición representa una enfatización de un planteo realizado originalmente por Marc Augé, quien propone que "La actividad ritual en general conjuga las dos nociones de alteridad y de identidad y apunta a estabilizar las relaciones siempre problemáticas entre los hombres [...] El lenguaje de la identidad es un lenguaje ambivalente en el sentido en que es ambivalente una realidad que junta dos cualidades: puede uno ser una persona privada y una persona pública [...] El lenguaje de las pertenencias o de las identidades de 'clase' esencializa las categorías y presenta las cuestiones atendiendo a la inclusión y a la exclusión [...] Ya se trate del lenguaje del consenso, ya se trate del lenguaje del terror, el lenguaje político es un lenguaje de la identidad. Sin duda, se puede aventurar la idea de que todo lenguaje de la identidad, inversamente, tiende a ser político..." Augé, 1995: pp. 84/5. Una posición similar, aunque partiendo de otras referencias teóricas, es manifestada por Alabarces y Rodríguez, *op.cit.*

4. El proceso que dio origen a la mayoría de los deportes masivos actuales tuvo lugar en Inglaterra entre 1820 y 1840, como vía para controlar el "desorden" colectivo generalizado que existía en los colegios de la elite británica de aquel entonces.

5. Tampoco parece casual que en las tres provincias del Noroeste Argentino (NOA) donde se desarrolló de manera central la expansión ferroviaria y agroindustrial (Tucumán, Salta y Jujuy) se encuentren sendos clubes con este nombre. En el caso jujeño, esta divisa ya no se conserva.
6. La lista completa de los equipos fundadores de la liga Jujeña de Fútbol en 1928 es la siguiente: Argentino del Norte; Regimiento 20; Escuela de Artes y Oficios; Juventud Antoniana; Alba Argentina; Juventud Unida; Sportivo Comercio; Mariano Moreno; Sportivo Comercio (La Mendieta); General Belgrano; Independiente; 23 de Agosto. Sólo uno de los nombres, Sportivo Comercio, no está vinculado a esta épica nacional-local, aunque representa a la actividad más característica de la región desde su misma fundación.
7. O como lo expresara poéticamente Eduardo Galeano: “el esperanto de la pelota unía a los nativos pobres con los peones que habían atravesado el mar desde Vigo, Lisboa, Nápoles, Beirut o la Besarabia y que soñaban con hacerse la América levantando paredes, cargando bultos, horneando pan o barriendo calles.” Galeano, E., 1995: pp. 33-34.
8. No parece una mera coincidencia que de La Iglesia haya sido, también, vicario foráneo que atendía la diócesis de Ocloyas, poblada por aborígenes. En realidad, desde nuestra perspectiva ambas actividades parecen confluir en un mismo significado histórico, político y social.
9. Es fácil advertir en maniobras como ésta la huella de antecesores que, con idénticos fines, crearon clubes de relevancia nacional. Basta recordar al sacerdote Lorenzo Mazza y a sus “Forzosos de Almagro”, que con el tiempo se transformarían en San Lorenzo de Almagro, el “cuarto grande” del país detrás de Boca, River e Independiente.
10. Esta presencia del poder militar/izado se advierte hasta en su ausencia. Por ejemplo: ante un partido amistoso con un combinado boliviano, en la necesidad de convocar a todos los jugadores del combinado local, el delegado del club Artes y Oficios, Dr. Héctor Carrillo propone “declarar ausente a todo jugador que sin motivo justificado deje de concurrir al acuartelamiento [sic] por dos noches consecutivas o tres alternadas, debiéndose computar cada dos llegadas tarde sin justificación, por una falta completa.” (Acta 1: p. 114). Ni en el plantel ni el en cuerpo técnico había ningún militar; pero “la concentración” se realizaba en el Regimiento nº 20 de Infantería de Montaña “Cazadores de Los Andes”. Esto viene a demostrar, por una vía indirecta, que el DT y las concentraciones no son “inventos modernos”, sino que responden a una lógica bastante precisa, vinculada a la función original del fútbol-deporte, relacionada estrecha y directamente con la “disciplina” corporal y moral.
11. Este es precisamente el sentido que le otorgan también otros estudiosos del tema: “los estados modernos latinoamericanos necesitaron echar mano de

formantes tradicionales y populares —en el más estricto sentido de clase—: así proyectan samba, carnaval y fútbol en mitos brasileños, así transforman gaucha, tango y fútbol en emblemas de argentinidad. Dejando de lado las discontinuidades y no simultaneidades de estos procesos, lo que sí permanece es la visión de los caminos modernizadores como complejos, transactivos, no unidireccionales. La resultante: una identidad nacional, aunque propuesta desde el poder, no necesariamente debe ser administrada por él; las posibilidades de su polisemia mantienen su funcionamiento autónomo de imposiciones de sentidos absolutos, de bajadas de línea monolíticas y aparatadas.”Albarces y Rodríguez, 1996: pp. 32.

12. Estos tres personajes representan a los tres grandes caudillos históricos de la política local. Los tres fueron gobernadores en distintos períodos. Martiarena y Snopek por el Justicialismo, Guzmán por el Movimiento Popular Jujeño.

13. En las últimas elecciones nacionales se presentaron en una misma lista, auspiciada por el Partido Justicialista, el presidente de Gimnasia y Esgrima, Ulloa; el caudillo político y dirigente histórico del Club y barrio de Cuyaya, José Nassif; y el ex-integrante de la Comisión Directiva del Club Gorriti, Ibarra. Por otra parte, en algunos casos la campaña de ciertos candidatos se basó en “bancar” económicamente la actividad y/o parte del plantel de algún equipo de su localidad. Tal el caso del apoyo explícito brindado por un ex-intendente de la ciudad de Perico a la campaña del club Central Norte de Santo Domingo, que finalizó abruptamente al ser derrotada su lista en las elecciones. Finalmente, mientras escribimos estas líneas, otro Martiarena, descendiente del viejo caudillo populista, asume como presidente de la liga jujeña de fútbol.

14. Este mecanismo, su institución e historia, han sido descriptos para el caso Boca-River, San Isidro-Barracas, por Martínez de León, 1999.

15. Los grupos mayoritarios presentes en esa zona, que sirvieron como mano de obra barata para el sistema de los ingenios azucareros fueron Toba, Wichí (conocidos como Mataco) y Chiriguano-chané (denominados despectivamente “chaguancos”)

16. “En los hechos, todas las comunidades mayores a las aldeas primordiales establecidas sobre el contacto cara a cara (y quizás aún estas también) son imaginadas. Las comunidades se distinguen, no por su falsedad o autenticidad, sino por el estilo en el que son imaginadas...” Anderson, Benedict, 1993: pp. 6

17. La ciudad de Perico, principal núcleo urbano de la zona agrícola-industrial más importante de la provincia y segunda en relevancia en el territorio, es el segundo destino histórico más buscado por los migrantes de origen boliviano en Jujuy (Karasik y Benencia, 2000).

18. En el caso jujeño, uno de los resultados de este complejo proceso fue la modificación de la estructura urbana de la ciudad, lo cual conllevó la fragmentación del espacio y su rearticulación en nuevas unidades, habitualmente no coincidentes con los espacios previamente existentes. Esto implicó la modificación del sentido de pertenencia territorial para vastos sectores de la ciudad, y también la identificación con el “equipo del barrio”.

19. Un análisis pormenorizado y agudamente crítico de este proceso es el proporcionado por F. Jameson, quien analiza las consecuencias de la “univervalización” de la figura del consumidor. (Jameson y Zizek, *op.cit.*)

20. Es de utilidad para nuestro trabajo el análisis que dicho investigador ha realizado sobre el particular, ya que prefigura la necesidad de integrar la dimensión conductual y la estructural, lo cual es intención manifiesta de la presente investigación: “ser ciudadano no tiene que ver sólo con los derechos reconocidos por los aparatos estatales a quienes nacieron en un territorio, sino también con las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y hacen sentir diferentes a quienes poseen una misma lengua, semejantes formas de organizarse y satisfacer sus necesidades [...] Re-concebir la ciudadanía como ‘estrategia política’ sirve para abarcar las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad, y, a la vez, para entender el lugar relativo de estas prácticas dentro del orden democrático y buscar nuevas formas de legitimidad estructuradas en forma duradera en otro tipo de Estado. Supone tanto reivindicar los derechos de acceder y pertenecer al sistema sociopolítico como el derecho a participar en la re-elaboración del sistema, definir por tanto aquello en lo cual queremos ser incluidos. Al repensar la ciudadanía en conexión con el consumo y como estrategia política, buscamos un marco conceptual en el que puedan considerarse conjuntamente las actividades del consumo cultural que configuran una dimensión de la ciudadanía, y trascender el tratamiento atomizado con que ahora se renueva su análisis...” (García Canclini, Néstor, 1995: pp 19-21)

21. Este punto de vista se deriva de la discusión presentada por George Marcus, 1994: pp. 15

22. A pesar de la intensa polémica existente sobre este punto, apoyamos nuestra posición en los sólidos y relevantes argumentos esgrimidos exitosamente por autores relevantes a nuestra perspectiva como García Canclini y Marcus (*op.cit.*)

23. “El habitus es, en efecto, a la vez principio generador de prácticas objetivamente clasificables, y sistema de clasificación (*principium divisionis*) de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen el habitus, la capacidad de producir prácticas y obras clasificables, y la capacidad

de diferenciar y apreciar tales prácticas y sus productos (gusto), que se constituye el mundo social representado, es decir, el espacio de estilos de vida [...] Estructura estructurante que organiza las prácticas y la percepción de las mismas, el habitus es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es, él mismo, producto de la incorporación de la división en clases sociales. Cada condición es definida, inseparablemente, por sus propiedades intrínsecas y por las propiedades relacionales que debe a su posición en el sistema de condiciones que es, a la vez, un sistema de diferencias, de posiciones diferenciales, es decir, por todo aquello que la distingue de lo que no es, y en particular de aquello a lo que se opone: la identidad social se define y afirma en la diferencia [...] El habitus, como sentido del juego es el juego social incorporado, vuelto naturaleza [...] El habitus, como social inscrito en el cuerpo, en el individuo biológico, permite producir la infinidad de los actos de juego que están inscritos en el juego en el estado de posibilidades y de exigencias objetivas; las coerciones y las exigencias del juego, por más que no estén encerradas en un código de reglas, se imponen a aquellos -y a aquellos solamente- que, porque tienen el sentido del juego, es decir el sentido de la necesidad inmanente del juego, están preparados para percibirlas y cumplirlas...” (Bourdieu, 1988: pp.71/91)

24. Es nuevamente Bourdieu quien ofrece una perspectiva que contempla a las clases sociales no sólo como un juego de posiciones estructurales distintas en relación con los medios de producción, sino que además incluyen necesariamente el consumo, a través de la importancia dada a los estilos de vida generados a partir de éstos: “La clase social no es definida por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital), ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, edad, de origen social o étnico —blancos y negros, por ejemplo, originarios e inmigrantes, etc.—, de ingreso, nivel de instrucción, etc.), ni tampoco por una cadena de propiedades, todas ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición con respecto a las relaciones de producción), en una relación de causa-efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confieren su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que éstas ejercen sobre las prácticas [...] Va de suyo que los factores constitutivos de la clase construida no dependen unos de otros en el mismo grado, y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos que tienen el peso funcional más importante: es así que el volumen y la estructura del capital otorgan su forma y su valor específicos a las determinaciones que los otros factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas...” (Bourdieu, 1997: pp. 117 y ss.)

25. Debemos precisar, que, en realidad, “Lo que llamamos ‘estructura’ no es, de hecho, sino el esquema o figuración, de los individuos interdependientes

que forman el grupo o, en un sentido más amplio, la sociedad. Lo que denominamos 'estructuras' cuando vemos a las personas como sociedades son 'figuraciones' cuando las vemos como individuos. Las figuraciones constituyen el núcleo central de la investigación cuando se estudian los deportes..." Elías y Dunning, 1996: pp. 190.

26. Con el fin de aclarar más nuestra alusión transcribimos la siguiente cita, extractada de la obra referida: "Siendo una imagen, una ficción, un modelo, una metáfora, la riña de gallos es un medio de expresión; su función no consiste ni en mitigar las pasiones sociales ni en exacerbarlas (aunque este jugar con fuego determina un poquito de ambas cosas), sino que consiste en desplegarlas en medio de plumas, sangre, muchedumbre y dinero [...] sólo en la riña de gallos se revelan con sus colores naturales, los sentimientos en que dicha jerarquía [social, n.p.] reposa. Envueltos en una niebla de etiqueta, en una espesa nube de eufemismos y ceremonias, de gestos y alusiones en todas las otras esferas, esos sentimientos se expresan en la riña sólo con el disfraz más tenue de una máscara animal, una máscara que en realidad los muestra más efectivamente en lugar de ocultarlos..." (Geertz, 1987: pp. 364 y ss.)

La altura en el banquillo de los colonizados

⇐ Adolfo Mendoza Leigue*

El formulario contenía una pregunta: ¿el postulante tendrá problemas para adaptarse a la altura de 2.250 msnm de la ciudad de México? El médico miró detenidamente al ciudadano de las alturas andinas. Estaba tentado de escribir en el certificado “tendrá problemas”. Con cierto brote de nacionalismo salpicándole el rostro, el médico dibujó una sonrisa y completó su idea preguntando: ¿tendrá usted problemas para adaptarse en una ciudad con sólo dos mil doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar? Un silencio cómplice se apoderó del ambiente. La cartografía tradicional se desmoronó al comparar dos ciudades de altura, y en el aire flotó el ser suramexicano como algo mucho más próximo al mundo bolivariano, con más conexiones de las que habitualmente estamos acostumbrados. Y como no podía ser de otra manera, entre risas, se empezó a hablar de fútbol.

Ya en su casa, el ciudadano intenta tejer algunas hipótesis. Los textos están desparramados sobre la mesa y la TVhabla por sí misma de la altura. Sus ojos se cierran adormecidos por la discusión que tiene lugar en el programa de televisión. Las últimas palabras que escucha antes de que estalle en su cabeza un murmullo ensordecedor son: “Es inhumano jugar en la altura”, “elegir una sede para las eliminatorias es un acto de soberanía nacional”, “la altura...”.

* Sociólogo, Universidad Mayor de San Simón (UMSS), y Maestro en Estudios Latinoamericanos, con mención en Estudios Culturales, Universidad Andina Simón Bolívar (UASB). Investigador asociado del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), Cochabamba – Bolivia.

Murmullos y más murmullos. El escenario colonial abre sus puertas. Poblaciones enteras trasladadas a punta de látigo desde África, aventureros holandeses, migrantes italianos, súbditos de la corona inglesa, soldados y barbas (barras) bravas de Castilla, Aragón y Portugal, luteranos alemanes y franceses, misioneros y reducidos nahuas, aztecas, guaraníes, mapuches, aymaras y quechuas. Todos ellos se entrecruzan en las graderías de la historia. Unos pintados de blanco, cobrizo o negro. Otros que combinando trazos se asemejan a tierra húmeda, arena candente o ribera de río. Los grupos llenan poco a poco los espacios vacíos conformando un mosaico inmenso, movedizo, que parece dibujar las letras que designan sus sentidos de pertenencia, sus posiciones en el campo de juego, en las graderías y en la pantalla televisiva observadas por otras multitudes presentes –“identidades nacionales”, “identidades étnicas”, “identidades regionales”– que en el escenario colonial ayudan a disputar el tema de la altura.

Física de las diferencias sociales

Todos cargamos sobre las espaldas estigmas y estigmatizaciones que impregnan nuestros actos de rasgos comunes. Como la carga suele pesar, transferimos nuestras distinciones grupales a la lógica de los cuerpos y, maquillándonos los rostros, ejercitando nuestra expresión corporal, actuamos en el espectáculo de la vida. Para obtener un lugar en ese espectáculo inventamos tradiciones, nos apropiamos del trabajo generacional previo, y así como somos dibujados dibujamos mapas de ubicación precisa del mundo social. Pero eso no garantiza el actuar por siempre. Entonces, para mantener nuestra posición en el espectáculo, las invenciones nos ayudan a naturalizar las diferencias.

Ninguna construcción identitaria escapa de los esencialismos, que en sus extremos sitúan a la pureza de la existencia propia como el lugar desde el que se mira al otro, a partir del cual es posible otorgar al otro un reconocimiento. En la práctica, ese reconocimiento opera bajo sistemas de clasificación tributarios de cierto orden social. Uno de esos sistemas de clasificación es la determinación geográfica de la identidad grupal. De tal modo transita ese sentido común por la historia del mundo, que los prejuicios de la identificación física son la celebración de la creencia en que las montañas nevadas petrifican la existencia humana o que los bosques tropicales permiten transpirar sensualidad.

En torno a ese sistema de creencias compartidas late sin pausa el darwinismo social, bombeando los indicios raciales de la comprensión de la altura. La raza como modelo de clasificación, siempre presente en la práctica, asume alter/nativa/mente un rostro político al designar las diferencias regionales, y un perfil culturalista al ensalzar lo étnico. Rostro o perfil, ambas opciones son la cara culta de la transformación en diferencias físicas de lo que en realidad son diferencias sociales.

La fisicalización de las diferencias camina a la par de las posturas sobre la altura. Por eso, la creencia común enseña que jugar en México D.F., Bogotá, Quito, Arequipa, La Paz o Calama, por selección natural más que por lugares de práctica de selecciones nacionales de fútbol, es jugar inevitablemente con todas las ventajas -o desventajas, según el caso- que otorgan las leyes biológicas. Pero también el sentido común indica que jugar en las zonas más altas, donde la barbarie abunda y la civilización escasea, es forzar la resistencia humana. Cómo no recordar relatos sobre la interpelación racista a partir del absurdo geográfico y la culpabilidad andina en Bolivia hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX; cómo no encontrar en la física de las diferencias sociales la presencia de los prejuicios raciales.

Vetar la altura es rechazar con co/razón racista lo humano que contiene, y defender la altura es afirmar la fisicalización de las diferencias. Armarse de argumentos sobre los peligros de la altura es afirmar el fatalismo geográfico, y oponerse al veto es rechazar la posibilidad de comprenderse más allá del absurdo geográfico. Por ambas vías se alimenta la física de las diferencias sociales naturalizadas. Por esos senderos continúa abriéndose paso el prejuicio racial. Y todos hacen fila para obtener un lugar en el escenario colonial.

En torno al murmullo colonial

La mayoría de los defensores del veto “a la altura” pertenecen a formaciones sociales en las que la población indígena no es significativa en términos cuantitativos. En Uruguay, Brasil y Argentina, el temor a la altura parece impregnarse de dubitaciones frente a lo desconocido, a lo negado y rechazado por la historia de distinción de sus Estados nacionales, que va de la mano sin mucho esfuerzo de la propia construcción colonial latinoamericana. En tanto no conocido y no reconocido, lo desconocido en sus recientes experiencias nacionales es la intimidad con lo indígena. Aunque se coquettee con la perorata de la diversidad, se hace una gambeta a lo indígena, intentando dejar fuera de juego los malos recuerdos del genocidio y, al mismo tiempo, aproximándose sin paciencia a los beneficios raciales que por siglos fueron de exclusividad europea. Así, sus proyecciones identitarias no se agotan en las asimetrías internas, que en el caso argentino polarizan la construcción simbólica de la nación entre el país porteño y las provincias no por nada unidas al Río de la Plata, y que en el caso brasileño despedazan los sentimientos amazónicos, la samba afroamericana y un clásico colonial y republicano: el bandeirante.

Y no se agotan en lo interno porque las proyecciones identitarias, representadas por quienes intentan orquestar la prohibición de jugar en la altura, están marcadas por la búsqueda de reconocimiento como países modernos, dominantes en la región y practicantes activos de la ideología de la globalización. Quién sabe si la arremetida contra la altura sea uno de los ecos de las esperanzas puestas en el Mercosur frente a la paulatina debilidad del Pacto Andino.

Afirmarlo puede ser exagerar los términos, pero acordemos que toda empresa económica siempre va de la mano de una política cultural. Arremeter contra la altura es como decir “allí no se puede jugar” y, en efecto, la centenaria persistencia de los mercados andinos brinda variados ejemplos en los que las apuestas modernizantes sucumbieron frente a las tildadas de tradicionales.

Sea como fuere, el fútbol parece aportar varios ejemplos de la disposición modernizante del Mercosur deportivo. Se “exporta” a otros continentes, en especial a Europa, jugadores que ganan fama: auténticas maquinarias productoras de plusvalor identitario, ampliando el capital simbólico de los Estados nación y que, de yapa, fortalecen la comunión latinoamericana. Y esta comunión no requiere de la altura. El temor a lo desconocido, a lo que no se desea reconocer, es también ausencia de la idea de la altura en la lógica de la ampliación del capital simbólico. Por eso, jugar en la altura es inhumano. No corresponde a la idea de humanidad en juego. Lo humano es exportar, es buscar reconocimiento como competidor válido en la economía mundial de bienes simbólicos. Lo humano es una empresa civilizatoria, es reproducción simbólica del genocidio. Y el fútbol su encarnación, o por lo menos la obra evangelizadora. La gente que se aferra a la deidad de la altura no merece gozar de la salvación.

Cuando se menciona el veto a la altura, es la colonia la que habla. Lo colonial, uno de los horizontes históricos constitutivos de sistemas de clasificación que circulan por las calles del rostro sudamericano del Atlántico, enseña su presencia en cada transmisión de partidos de fútbol en los que participan equipos y selecciones del mundo andino, en cada declaración de entrenadores y jugadores antes y después de los eventos. El equipo “altiplánico”, esa especie de identidad imputada también constitutiva de la identidad boliviana, es una extensión de la definición colonial de configuraciones territoriales inmersas en la economía de la plata, que posteriormente dio nacimiento a la tormentosa Charcas y que luego, conocida como Bolivia, fue simbólicamente mutilada en sus verdes extensiones amazónicas desde dentro y fuera por el coro del colonialismo interno sudamericano. Todos le cantaron, para bien o para mal, al país minero.

Ese canto es el que imprime a la altura un significado particular, oculto tras bambalinas, respirando historia y transpirando política cultural, traduciendo en palabras los alcances de nuestra práctica colonial y colonizada. Pero ese canto no termina ahí.

El acompañante ideal de esta construcción colonial de la altura es otro referente identitario que marca el contrapunteo a la arremetida atlántica: el andino centrismo. Encaramado en el área grande de la altura, lo que recuerda la disposición defensiva de más de uno de los equipos del Ecuador y Bolivia, el andino centrismo reproduce la lógica a la cual supuestamente enfrenta.

Parece evidente que las características poblacionales y la posición de esta región en la economía colonial son fragmentos de condiciones objetivas de organización

del mundo social primero en relación con España, luego en vínculo con Gran Bretaña, y finalmente bajo la dirección técnica de EE.UU. Ese mundo social es el que permitió –y permite– la aparición de lo andino como sistema de clasificación. Pero al mismo tiempo, lo andino contribuye a organizar el mundo social colonial: da curso a la existencia del otro metropolitano. Aferrarse a la identidad andina es otra manera de esencializar la construcción colonial, y si uno de sus emblemas en el fútbol es la altura, ya no importa hablar sobre ella como sinónimo de tantos metros sobre el nivel del mar. Interesa elaborar un discurso sobre la altura para encontrar un lugar privilegiado en el banquillo de los colonizados. Quienes defienden el derecho a jugar en la altura entonces pues el mismo estribillo colonial, aunque con diferente ritmo. Esa, en parte, es la famosa idea de la diversidad andina.

Conjeturas sobre identidades nacionales en juego

Los olores coloniales de la altura impregnan de conflictividad al campo de luchas identitarias. Con ellos, la sazón de cada comunidad imaginada es una mezcla exquisita de los sabores del poder. En los casos boliviano y ecuatoriano, el condimento ‘altura’ de la identidad nacional marca la diferencia entre lo andino y lo amazónico, entre la sierra y la costa. Adicionalmente, la aceptación de la altura como emblema identitario nacional oculta los bajos instintos del centralismo, que legitima mediante esa vía, con el fútbol y a pesar de él, los beneficios económicos de ser sede de eliminatorias al Mundial y, sobre todo, la importancia simbólica de las capitales políticas de cada país. No es casual que en el tema de la altura se movilicen, demandando respeto a la soberanía nacional, periodistas de redes televisivas cuyo centro de operaciones es la sede de gobierno y dirigentes deportivos que gozan de las atenciones kafkianas de la burocracia estatal, y que junto con altos personeros gubernamentales constituyen la auténtica autoridad política del fútbol.

Los cronistas deportivos merecen especial atención. El sostenimiento de las diferencias sociales se dibuja en sus rostros, se torna corporal. Gestos, tonos de voz, entonaciones, se transmiten punto a punto por la pantalla de televisión, irradiando la imagen de portadores de la opinión pública. Son ellos los que informan sobre los avances en la negociación de la altura, sus principales especuladores en la bolsa de valores del fútbol, reproduciendo con eficiencia una economía de los bienes simbólicos de la mano con la comercialización de las prácticas deportivas. En general, si aceptamos que el fútbol se transforma en un gran espectáculo televisivo, la especulación identitaria de la altura en TV alimenta su producción como mercancía-signo. Resulta pues tentador afirmar que ya no se puede negar que la televisión es un eficaz medio de conservación del orden simbólico.

Sin embargo, la grandeza de ese espectáculo oculta otro campo de juego. Mientras las cámaras le roban el alma a los partidos de fútbol en los llamados “principales escenarios de juego”, en los rincones no consagrados de centros ur-

banos y de áreas rurales, especialmente los fines de semana y los días festivos, se continúa imprimiendo al deporte su carácter lúdico. El ritual del fútbol permite plasmar pactos cotidianos entre actores que se disputan el prestigio en el barrio o en la comunidad, entre equipos que trasladan al campo de juego el lugar de sus comunidades, sus “compadrazgos” y redes sociales, sus sistemas de alianza y oposición. Lo no dicho en estas prácticas, en realidad su sentido práctico, vigoriza el abigarrado tejido de lo nacional en lo local y, al mismo tiempo, la edificación imaginaria de lo nacional desde la heterogeneidad cultural.

Los colores de los uniformes, producidos unos bajo la marca de la creación artesanal local y otros incorporados desde Taiwan por los complejos circuitos comerciales tildados de informales, recuerdan siempre a equipos nacionales y latinoamericanos emblemáticos. Esta construcción subalterna de identidades nacionales y regionales devela lo subterráneo de la conflictividad intercultural. Allí la altura no cuenta. Y sin embargo, luego de los partidos, en el segundo tiempo del ritual, jugado al ritmo del repique de las campanas de la libación y de la consagración culinaria, el fantasma de la altura emerge del sentimiento patrio. Se sienta en la mesa y los sistemas de alianza y oposición se regeneran encontrando, tal vez, en –con– la altura el cierre ideal del tiempo festivo.

Sin mucho esfuerzo podríamos encontrar distintas formas de manipulación de la altura. La más clara es la que resulta de la oposición de su construcción como efecto del centralismo y la concentración de poder frente a su elaboración como resultado local de la aprehensión de lo nacional. Pero la tarea de ver sus efectos sobre distintos jugadores sociales sobrevive a las oposiciones entre lo nacional estatal y lo nacional popular. El centralismo puede dar pie a evidenciar el tipo específico de nacionalismo en juego, que en el caso del Ecuador imprime a Quito un rol tan protagónico como el de La Paz en el caso boliviano. Sin embargo, por esta vía no avanzamos mucho, pues lo propio acontece con Buenos Aires en Argentina, Santiago de Chile, Lima en Perú, y así sucesivamente. Tal vez si concebimos a la altura como una creencia, las apuestas varíen.

Estemos o no de acuerdo con el lugar de las capitales “nacionales”, en Bolivia o en el Ecuador el sentimiento que despierta la altura es el de ganador. Paralelamente, oculta tras el tenue manto de la creencia, la desconfianza devela que jugar en otro lugar no cuaja con ese sentimiento ganador. Si toda alegría es un instante, y ese instante es una búsqueda continua de placer, el proceso de producción sentimental en el fútbol es el que alimenta la idea de la altura, encumbrándola como sentido preciso de identidad nacional. En la fiesta del fútbol, la altura resume la posibilidad de alegría y placer. Pero esto sólo es posible porque el acto festivo implica superposición de narraciones posibles de identidad. Esa superposición, sin embargo, contiene un orden en el cual creencias como la altura ayudan a sostener rechazos, aceptaciones, alianzas y oposiciones. Es decir, constituyen un punto neurálgico de la disposición de los sujetos en las luchas simbólicas.

En buenas cuentas, la superposición de narraciones traduce el estado de la correlación de fuerzas entre actores sociales inmersos en el sistema festivo que explota, una y otra vez, con cada partido de fútbol. Por ejemplo, en la zona de los valles interandinos en Bolivia, cuando el oncenio “migrante” (residentes bolivianos en Argentina) viste la camiseta de Boca, la identidad nacional se mezcla con la experiencia migratoria al extremo que esa experiencia parece revivir la tensión vivida entre el estigma de formar parte de un país andino y el estigma de ser parte de la “identidad bolita”. De modo que, en la conflictividad de las narraciones identitarias, la altura no implica abandono, sino tránsito por el campo de las luchas simbólicas en actitud nómada, garantizando la continuidad de identidades étnicas y regionales que en otros campos de batalla implicarían ruptura con la idea oficial de identidad nacional.

Des/cuento

La TV sigue encendida. El partido está por concluir. El murmullo ensordecedor era el coro que acompañaba el enfrentamiento entre las selecciones de Bolivia y Brasil en la ciudad de La Paz por las eliminatorias al Mundial. Confundidas con los spots publicitarios, las imágenes de racismo, colonialismo, nacionalismo y toda suerte de ‘ismos’ todavía estaban presentes, sin que se sepa cuál es la frontera entre la ficción y realidad. Los brasileños eran derrotados -¿por primera vez?- en un partido por eliminatorias al mundial, poniendo nuevamente a la altura en el banquillo de los colonizados. El ciudadano concluye que la altura es una palabra-trampa, pero ¿por qué despierta tanta pasión?

